

ARQVITECTVRA

ORGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD CENTRAL DE ARQVITECTOS.

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PRÍNCIPE, 16

AÑO IV

Madrid, agosto de 1922.

NÚM. 40

SUMARIO

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA.....	El «castillo-abadía» en la región pirenaica española.
OSCAR JÜRGENS.....	Proyecto de un grupo urbano monumental y un nuevo edificio de Parlamento en Madrid.
LUIS LANDECHO.....	Conductos de agua para pequeñas instalaciones. — I.
ALBERTO LÓPEZ DE ASIAÍN.....	Monumentos castellanos.
LEOPOLDO TORRES BALBÁS.....	Arquitectura española contemporánea: Glosas a un álbum de dibujos.
	Libros, revistas, periódicos.

El "castillo-abadía" en la región pirenaica española

Por ineludible impulso, el hombre asocia los actos de su vida al culto a la divinidad. Este sentimiento, común a todos los tiempos y a todas las creencias, se hace dogmático para los cristianos de la Edad Media, cuya alma sabe que nada es lo humano si la voluntad de Dios no le acompaña. Así, los grandes acontecimientos públicos van siempre acompañados de la ceremonia religiosa, y los privados, de la ofrenda pía. La *Arquitectura*, envolvente material y expresivo de las costumbres sociales, traduce tales sentimientos levantando la catedral o el monasterio donde se funda un reino, se gana una batalla o se verifica un prodigio, o disponiendo un oratorio en lo más íntimo de la residencia privada. Y si ésta, por su naturaleza, se halla en constante peligro, el auxilio divino será más preciso: por lo que no hay en la España medieval castillo alguno que no contenga una capilla.

El hecho, muy conocido, proviene, según un autor, nada menos que de la imitación de las acrópolis griegas, en las que, dentro del recinto fortificado, se agru-

paba el palacio del jefe y el templo de la divinidad titular de la ciudad. Dejemos estas fantasías arcaizantes y vengamos a datos más positivos.

Que existía ya en los tiempos visigodos, nos lo dicen los documentos. Inserta el P. Flórez en su *España Sagrada* (1) la carta de fundación del monasterio de Albelda, dada por Sancho de Navarra, en el año 924, donde se dice: «En otros tiempos los cristianos poseían a España: los castillos, las ciudades y los campos estaban llenos de iglesias...» Claro es que *esos tiempos* en que los cristianos poseían a España son los anteriores a la invasión mahometana; y entonces ya, según el documento, los castillos tenían su iglesia. No conservándose ninguno, no hay posibilidad de comprobación monumental, ni tampoco en los del siglo IX, como el de Gauzón (Avilés), elevado por los reyes pelagianos para la defensa del territorio astur contra los árabes y los normandos, o el de Oviedo, construido por Alfonso el Magno como salvaguardia de los templos ovetenses. Memorias vagas o restos nulos es cuanto queda de ellos.

Andada ya gran parte del siglo X, el hecho puede afirmarse con la seguridad de los documentos, y a poco, con el de éstos y con el de los monumentos mismos. Desde los más antiguos castillos levantados por los cristianos en las breñas pirenaicas, hasta los que, en la décimosexta centuria, cierran el ciclo castellar de España, como son los de Vélez Rubio y La Calahorra, en tierras andaluzas, toda la serie presenta las piedras de una capilla unidas a las de la fortaleza. Ya es un oratorio pequeño, apto tan sólo para las devociones de los señores, como en el de Escalona; ya es un recinto, general a toda la población del castillo, como en el de Belmonte; ya es una capilla de dos pisos, que ocupan separadamente señores y servidores, como en el de Olite. ¿Adónde había ido la observancia de aquella ley de las Partidas que establece «que capilla con altar non debe facer ningún en su casa»? (2). Mas su mismo estatuto en el siglo XIII, prueba que el hecho habíase constituido, por lo común, en abuso. Por lo mismo, hemos de descartarlo del tema de esta *Nota*.

Ni quiere serlo tampoco el *tipo* del monasterio-castillo de cualquiera de las órdenes religiosomilitantes, donde obligadamente tienen que ir al parigual las construcciones piadosas y las poliorcéticas: el del Temple, en Ponferrada; el de Calatrava, en Alcañiz; el de Santiago, en Uclés; el de Montesa, en Valencia; el de Alcántara, en su ciudad extremeña, y tantos otros.

El *tipo* a que se refiere esta *Nota* es el del castillo-abadía, de origen puramente militar, por tanto, con importancia y hechuras absolutamente guerreras, enlazado, no obstante, no ya con una simple capilla para el culto privado, sino con una gran fundación capitular, con todas sus exigencias institucionales y arquitectónicas. La unión de fines tan antagónicos es ciertamente bizarra y digna de la atención de la Historia. Sin embargo, el *tipo* ha existido, y los documentos y los monumentos nos lo muestran clara y determinadamente: y para mayor interés de los estudios que aquí nos congregan, el tipo parece privativo de la región pirenaica española: al menos es en ella donde radican los más insignes ejemplares conocidos: Leyre, en Navarra; Loarre, Alquézar y Montearagón, en Aragón; Cardona, en Cataluña.

(1) Tomo XXXIII, pág. 466.

(2) Partida primera, título X, ley IV.

Consideremos este *tipo* en su conjunto, y desde sus dos puntos de vista: el institucional y el arquitectónico.

En el primero, los castillos-abadías de la región pirenaica son siempre fundaciones de reyes o de príncipes soberanos. En el orden militar, una razón guerrera es su origen: la defensa de un territorio por la posesión de un punto fuerte, la ocupación de un puesto avanzado que asegura futuras conquistas. Después, cumplido su objeto originario, quedan como guarda permanente de la región; o venidos al poder de un magnate, se convierten en baluarte de sus ambiciones. No fueron, por tanto, simples residencias fortificadas, como la mayoría de los castillos, sino puntos de positiva importancia en la red militar del país.

En el orden religioso, son asiento de una iglesia insigne, servida por una comunidad completa y numerosa, sujeta a una regla monástica y dotada de abad, dignidades y canónigos; con entidad tal, que a veces sostienen competencias igualitarias con los obispos; proveedoras otras de esos mismos obispos, de capellanes y limosneros para el rey, de embajadores ante los Papas; gozadoras de exenciones episcopales, de dominios sobre pueblos e iglesias, de beneficios y diezmos sobre pastos, pescas y cosechas.

Considerados los dos aspectos institucionales, ¿no aparecen antagónicos? ¿Qué de conflictos no se adivinan entre las autoridades del *senior* o teniente del castillo y la del abad de la comunidad? ¿Cómo no habían de estorbarse las tremendas agitaciones de un asedio y la quietud necesaria para el culto religioso? ¿O la preparación de las gentes de armas y el ruidoso armado de los *ingenios* de guerra y los desfiles procesionales y el silencio obligado para toda labor intelectual?

Examinemos el *tipo* desde el punto de vista arquitectónico. Los castillos-abadías de la región pirenaica tienen, en el orden guerrero, emplazamiento eminente, en lugar estratégico: recintos o antemurales extensos y torreados; *albacares* de expansión; fortaleza dotada de puertas defendidas, y rastrillos ocultos, adarves almenados, torres de flanqueo, de atalaya y de homenaje; salones y almacenes, cuadras y aljibes; estancias para los ballesteros, pedreros, *ingenieros*, atajadores, velas, rondas y demás servidores de la fortaleza. Y en el orden monástico tienen, no ya sencillas capillas, sino iglesias extensas y de gran arquitectura, claustros procesionales, capítulos y sacristías, refectorios y dormitorios. Y unidos ambos grupos de construcciones, resultan conjuntos imponentes, de bizarrísima composición, pero un tanto caóticos.

En graves aprietos debieron verse, en efecto, los maestros de fortificación y los monjes arquitectos del siglo XI (frecuentemente serían uno mismo) para agrupar los discordantes elementos arquitectónicos que estos castillos pedían. El plano de Saint-Gall, adoptado inflexiblemente desde el siglo IX para todas las casas monásticas, no podía tener libre desarrollo en los forzados emplazamientos que se les ofrecían; y había que comprimir, y en muchos casos anular, aquella disposición *canónica*, embutiendo como se pudiera entre peñascales, fosos, ingresos tortuosos, torres defensivas y cortinas almenadas, la gran iglesia, los claustros porticados y las estancias capitulares. Y así y todo, la extensa área pedida por el templo y por el claustro, los ábsides con arquerías y ventanas, las portadas con estatuaria, y las

galerías procesionales, perjudicarían, y en muchas ocasiones aminorarían, el poder militar del castillo, compensado a fuerza de habilidades técnicas y de recursos forzados, por el ingenio de los maestros militares.

Mas precisamente en la unión de aquellos antagonismos institucionales y en el vencimiento de estas discordancias arquitectónicas, es donde radica el altísimo valor monumental de los castillos-abadías pirenaicos. Porque ellos constituyen la representación ingente de un *estado social* y de un *proceso arquitectónico*: una página viva, a pesar de su caducidad, de la *historia aragonesa*.

Veamos ahora comprobados todos estos aspectos, en un rápido y sintético recuerdo de lo que fueron aquellos cinco grandes castillos-abadías.

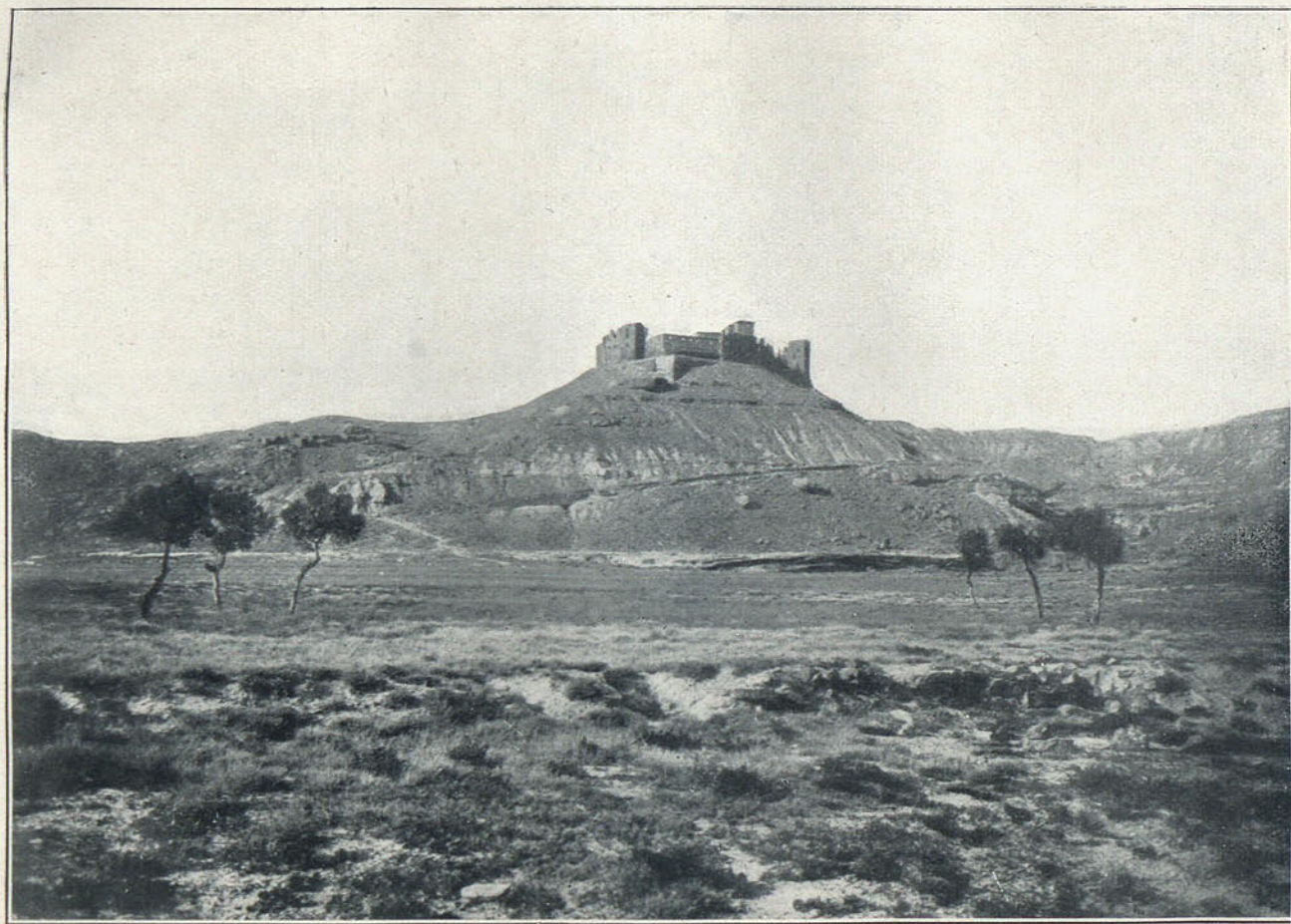
* * *

Ocupa el de San Salvador de Leyre un enriscado sitio en la cordillera navarra, que, estribando los Pirineos, encauza en aquel territorio el río Aragón. Quiere la tradición que fuese ya viejo cuando, en el segundo cuarto del siglo IX, el mozárabe San Eulogio lo visitó. Restaurado por el nebuloso Iñigo Arista, aparece ya en la historia de Navarra como castillo-palacio de sus reyes y al par como cenobio de una gran comunidad, que algunos autores pretenden era ya benedictina, cosa muy dudosa. He aquí ya constituido el castillo-abadía. De su importancia cívicomilitar deponen los largos anales de su oficio de residencia de los reyes en vida; de su panteón en muerte. Insegura la estancia en Pamplona, Leyre es «corte y corazón del reyno», como lo llamó Sancho *el Mayor*. Después el oficio militar cede ante el monástico, que lo absorbe al fin en el siglo XII. Y así tenía que ser fatalmente, por los enormes privilegios de que en el orden religioso gozó Leyre. En el cartulario que conserva la Real Academia de la Historia, constan las grandes donaciones de que fué objeto por Iñigo Arista, por Sancho Garcés y por García Sánchez. Pueblos y alodios, iglesias y diezmos, vasos sagrados y ornamentos acrecen las riquezas y los dominios de Leyre. Pero aun hay más. Destruída y asolada la catedral de Pamplona y su diócesis, San Salvador es la sede episcopal de Navarra; y cuando, remansadas las aguas, los prelados vuelven a ocupar la abandonada silla, Sancho *el Mayor* impone que los que en ella se sienten han de proceder del monasterio de Leyre. ¡Singular privilegio!

Fielmente retrata esta historia lo que hoy subsiste del castillo-palacio-panteón-monasterio. Sólo algún viejo muro recuerda el castillo-palacio. Del panteón-monasterio es exclusivamente el monumento actual. Una iglesia, por mitad románicobenedictina del siglo XI y ojivalcisterciense del XIV, avalorada por una estupenda portada del primer estilo, nos habla del trasiego de los monjes *negros* de Cluny, a los *blancos* del Cister; del predominio de lo monástico, al fin. Y bajo la iglesia románica, una triste y misteriosa cripta, que contuvo las cenizas de aquellos reyes de Navarra, nos hace sentir algo de heroico y legendario.

Loarre es la joya del grupo. Sus memorias históricas, tan investigadas recientemente por los Sres. Ibarra y del Arco, animan el estupendo fondo de aquel conjunto de edificaciones, también hace poco avalorado por los trabajos del Sr. La

ARQUITECTURA ANTIGUA ESPAÑOLA



CASTILLO-ABADÍA DE MONTEARAGÓN (HUESCA).

Fot. M. Supervía.



ARQUITECTURA ANTIGUA ESPAÑOLA



RUINAS DEL CASTILLO-ABADÍA DE MONTEARAGÓN (HUESCA).

Fot. La Moderna.



ALQUÉZAR. — VISTA GENERAL.

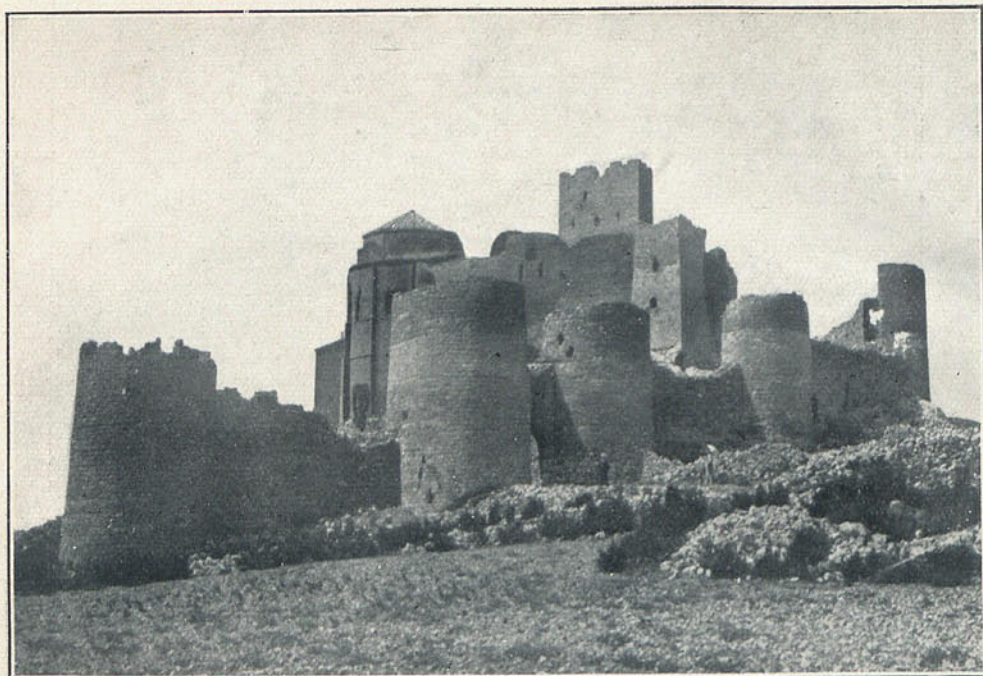


ALQUÉZAR. — ENTRADA AL RECINTO DEL CASTILLO.

Fots. R. del Arco.



ARQUITECTURA ANTIGUA ESPAÑOLA



CASTILLO-ABADÍA DE LOARRE (HUESCA).

Fot. Nicolás Viñuelas.

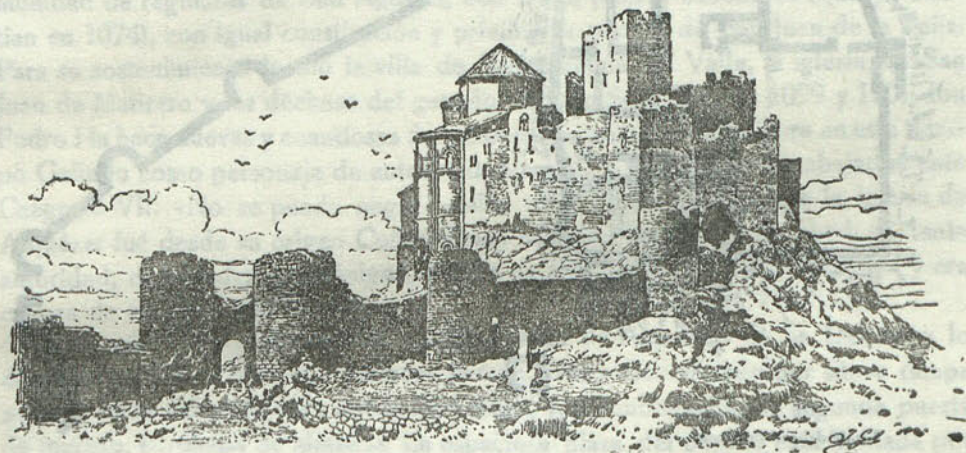


CASTILLO-ABADÍA DE LOARRE (HUESCA).

Fot. M. Supervía.



Figuera. Dibújase su silueta formidable sobre los peñascales de Gratal. Acercándose, descuellan y se detallan sus distintas partes. El amplio antemural cierra el albacar; en él, excéntrica, se halla la fortaleza, de enorme masa y accidentadas líneas. A ser sólo militar, no tuviera fachada; por ser monasterio, la ostenta, y es de inconfundible tipo religioso, con portada de tímpano, hermana de varias iglesias románicas, y manifestación clara del ábside del templo; y arriba, yérguese la cúpula, que completa el carácter. Hasta aquí vence en Loarre el oficio monasterial. El militar lo marcan las rudas murallas, las altas torres escalonadas, y, dentro, la regia escalera, las estancias, cuadras y aposentos, hoy en caótico desorden dispositivo.

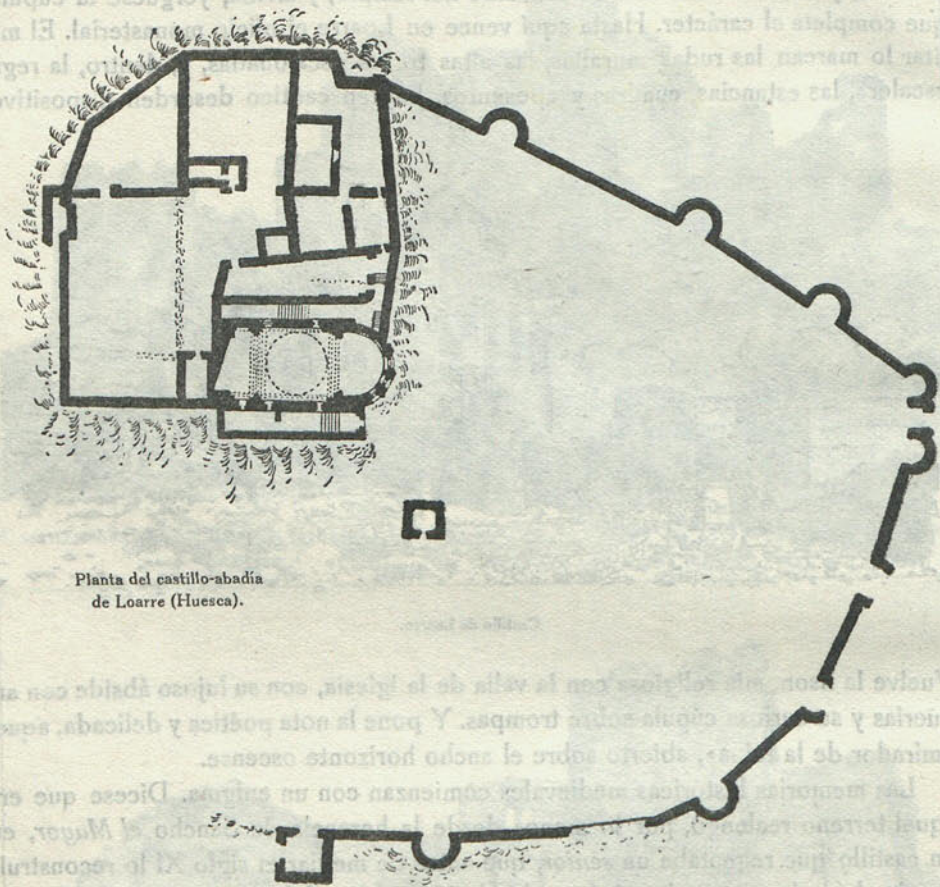


Castillo de Loarre.

Vuelve la fisonomía religiosa con la valía de la iglesia, con su lujoso ábside con arquerías y su curiosa cúpula sobre trompas. Y pone la nota poética y delicada, aquel «mirador de la reina», abierto sobre el ancho horizonte oscense.

Las memorias históricas medievales comienzan con un enigma. Dícese que era aquel terreno realengo, por lo menos desde la herencia de Sancho *el Mayor*, en un castillo que regentaba un *senior*; que antes de mediar el siglo XI lo reconstruía Ramiro I (de lo que es dato irrecusable la inscripción del óbito del siervo Tulgas, allí estampada en 1046). Viene luego una conquista de los mahometanos, que lo poseen entre 1066 y 1071, con la consiguiente paralización de las obras. Y después, en esa última fecha, reconquistado Loarre por Sancho Ramírez, continúa la construcción *bajo el plan anterior*. No son pocas las concesiones que hay que hacer para dar por bueno todo esto. Pero, sea lo que se quiera, ello es que a raíz de la reconquista, Sancho Ramírez hace lo más del castillo y de la iglesia, aunque quizás no la ve concluida. Y, sincrónicamente, establece allí la canónica de regulares de San Agustín, según se sabe por la tantas veces publicada bula de 1071, por la que el Papa Alejandro II recibe la institución, con el nombre de monasterio y capilla Real de San Salvador y San Pedro, con su preósito Simeón, exenta de la autoridad episcopal, y dependiente de San Juan de la Peña. Como es consiguiente, comienzan las donaciones: el monasterio de Fanlo, casas, huertas, etc., etc. Pero una

nueva fundación del rey corta en flor, al parecer, la canónica de Loarre. Creado Montearagón, Sancho Ramírez le anexiona Loarre. Sucede esto hacia 1089. Entiendo que la anexión no significa que desapareciese el cenobio loarrense, ni siquiera el traslado de los regulares a Montearagón. Los documentos publicados por el señor Del Arco los signa, en 1093 y 1097, un *abbas in ecclesia Ihesu de Monte Arago-*



Planta del castillo-abadía
de Loarre (Huesca).

ne et de Luar; luego si en éste seguía habiendo abad (siquiera fuese compartido), prueba es de que continuaba la comunidad. Y me hace pensar que lo confirma, la reunión eclesiástica que, en 1094, tuvo lugar en Loarre, a la que concurrieron los abades de Tomeras, San Juan de la Peña y Leyre, y los obispos de Pamplona y Jaca, según el documento publicado por el Sr. Ibarra.

Aunque achicada, la vida monacal siguió en el castillo-abadía hasta empalmar con la de los freires de San Juan de Jerusalén, de quienes era ya en 1230, por donación de Jaime I, y que allí permanecieron hasta 1285, en que, por orden de Pedro II, lo entregaron al abad de Montearagón (1). Las incidencias de ese poderío religioso de unos o de otros, compartido con el de D. Pedro de Ahones, a cuya

(1) Ricardo del Arco, *El Castillo Real de Loarre* (Huesca, 1917), pág. 53.

tenencia lo cediera el mismo Jaime I, serían sumamente curiosas; mas aunque fuesen conocidas, no encajarían en este lugar.

Después, y al contrario de lo ocurrido en Leyre, Loarre queda con un oficio absolutamente militar. Hoy es un estupendo monumento sin igual en España.

Del castillo, iglesia Real y Colegial de Alquézar sabemos por el P. Huesca noticias circunstanciales (1). En el empinado cerro tuvieron los moros un alcázar. Conquistado en 1070 Sancho Ramírez, y comprendiendo que era la llave del Sobrarbe, lo fortificó considerablemente. Al propio tiempo hizo dentro del castillo una iglesia dedicada a la Virgen, erigiéndola en capilla Real, y dotándola de comunidad de regulares de San Agustín, con abad, prior y canónigos (que ya existían en 1074), con igual constitución y privilegios que la de San Juan de la Peña. Para su sostenimiento le dió la villa de San Esteban del Valle, la iglesia de San Juan de Matirero y las décimas del ganado de todo Sobrarbe. En 1099 y 1101 don Pedro I la hace nuevas y cuantiosas donaciones. Entre sus abades figura en este tiempo Galindo como personaje de autoridad, pues fué a Roma como embajador ante Gregorio VII. «No se puede negar — dice el P. Huesca (2) — que la iglesia de Alquézar fué desde su origen Colegial muy insigne, pues tenía un abad de tanta autoridad, dignidades y canónigos, estaba exenta de jurisdicción episcopal y era cabeza de veinte o más iglesias...»

Dura aún, interesantísimo, el castillo-abadía de Alquézar. El Sr. Del Arco lo describe así (3): «Presenta... hermosa perspectiva; y ascendiendo por suave rampa se ve la torre del vigía, otra adosada al muro, y, a continuación, la segunda puerta de ingreso, coronada de almenas. La espaciosa plaza del castillo está limitada por éste, por murallones de pequeños y negruzcos sillares y por los precipicios antes citados (los que dan al río Vero). Por toda la construcción se descubre la mano árabe, ya en delicadas ventanas cuyos arcos de herradura se apoyan en una o dos columnitas, ya en el edificio, casi abandonado hoy, de hermoso estilo árabe, con graciosos ajimeces, morada un día del reyezuelo mahometano y posteriormente de los clérigos adscriptos a la iglesia de Alquézar... La iglesia está levantada sobre elevados paredones, casi en la cúspide del monte. En la crujía oriental, de las cuatro de que se compone el claustro, se abre la hermosa portada gótica que da acceso al templo. En la construcción adviértense, desde luego, dos épocas y dos estilos: el siglo XII, con sus formas toscas y sencillas, y el XVI, con sus elegancias. Del edificio que Sancho Ramírez mandó levantar, no quedan muchos restos; tan sólo la disposición general del claustro y varios capiteles románicos puros, historiados, que en éste se admiran... La nave de la iglesia fué construida desde 1525 a 1532, por el arquitecto Juan Segura, y es ancha y elevada.»

En 1178 la canónica de Alquézar fué, por raras compensaciones, adscripta a la catedral de Tortosa. Subsistió, no obstante, hasta 1221, en que desaparece, para brillar de nuevo, aunque pálida, en el siglo XV. Perdura el castillo, defendiendo la iglesia de la Virgen.

(1) *Teatro histórico de las iglesias del Reino de Aragón*, tomo VII. Pamplona, 1797.

(2) *El Alto Aragón monumental y pintoresco* (Huesca, 1913), págs. 30 y 31.

(3) Página 277.

Montearagón es, históricamente, el más notable ejemplar del grupo. Es también el P. Huesca quien dió minuciosas noticias, pues gozó de su archivo íntegramente, y en nuestros días el Sr. Del Arco (1). Mas, por desgracia, de su mole sólo quedan ruinas, abrasadas por horrorosa catástrofe. Yérguese a la vista de Huesca, donde las últimas ondulaciones del Pirineo se aplanan y difuminan. Su fundación fué una heroicidad. Cuando la región era del dominio de los mahometanos, y la ciudad les daba fuerte apoyo, Sancho Ramírez se posesiona del cerro y construye el castillo. Sucede esto en 1085. Un documento que extracta el P. Huesca, dice que al año siguiente se levanta también la iglesia dentro del recinto, dedicada a Jesús Nazareno; y el 1 de julio de 1089, el rey constituye su Capitulo, con abad y canónigos de San Agustín, y le dota con la villa que al pie del castillo se formaba, con todas las capillas reales, a las que hace tributarias, y con diezmos y riquezas; y la hace exenta y libre. Con los reyes, sus sucesores, el poderío crece y crece; en el siglo XII dominaba en 104 iglesias, 38 pueblos de Aragón y 23 de Navarra. Y ya constituido el obispado de Huesca, trátalo de igual a igual; lo que origina rivalidades odiosas y pleitos inacabables. Mas no estorba tan alta importancia monástica a su oficio de castillo: considerado fué siempre Montearagón como el asilo inexpugnable de las tropas, como la residencia real más segura, no obstante, y aun después de la reconquista de Huesca.

Hoy sólo vemos paredones chamuscados. Lo que fuera en el siglo XI lo sabemos mal. En el XVIII era esto, según la descripción del P. Huesca (2): «El castillo de Montearagón, dentro del cual está la iglesia y monasterio, situado en la cima de un monte redondo y elevado y de difícil acceso, a una legua corta de la ciudad de Huesca y a su vista en la parte oriental. La muralla es toda de sillares fuertes y sólidos: tiene 120 palmos de elevación y de 10 a 12 de espesor; la guarnecen en su circunferencia diez torres, también de piedra, que en lo antiguo descollaban 40 palmos sobre la muralla, y después se han rebajado y puesto a nivel con ella. Dentro del castillo hay otra torre suelta, que en el día sirve de campanario. Ciñe todo el edificio otra muralla muy fuerte y gruesa, de que aun se conserva gran parte, la que servía de antemural y barbacana, y en todo tiempo es necesaria para contener el monte y conservar el edificio. Entre las dos murallas queda un paso que rodea la casa, bastante espacioso para andar tres personas de frente, cuyo círculo es de 330 pasos comunes. Dentro de la muralla principal hay dos lunas (patios) con sus aljibes, claustros y sobreclaustros, en que están la iglesia, el palacio abacial y las casas de los canónigos, racioneros y sirvientes...»

Más someramente describe el P. Huesca la iglesia, pero con noticias para deducir que era pequeña, de estilo románico, con cabecera de tres ábsides, embutidos en los muros los dos laterales, y que bajo ella había una cripta con culto a la Virgen, llamada «bajo tierra». En la capilla mayor de la iglesia alta hubo un famoso retablo de tablas pintadas, substituído en 1495 por el de escultura de Damián Forment, felizmente salvado del desastre que arruinó la fundación de Sancho Ramírez.

En la vertiente catalana del Pirineo, Cardona conserva aún otro notabilísimo

(1) *El Monasterio de Montearagón*, en la revista *Linajes de Aragón*, números de 15 de octubre y 1 y 15 de noviembre de 1914.

(2) Obra citada, pág. 292.

ejemplar del castillo-abadía. Sobre un *castro* romano, se levanta el castillo cristiano, acaso ya existente en tiempo de Ludovico Pío. En el año 986 estaba en reconstrucción, pues así lo consigna el documento citado por el P. Villanueva (1), signado por el conde Borrell, de Barcelona y Urgel, en el que dice que su abuelo Wifredo II había comenzado la construcción del castillo que él (el nieto) continuaba. Nuevas obras en 1379 sirven para adaptarlo a la artillería, y en el siglo XVIII, los métodos poliorcéticos de Vauban lo transforman. Hoy es un gran castillo fortificado por tres recintos de murallas, de perímetro muy irregular y accidentado. La fortaleza tiene diversas partes, entre las que han de notarse la torre del homenaje, el claustro y una gran iglesia, joya de la arquitectura románica catalana. Es la basilica de San Vicente, de tres naves y crucero, y tres ábsides; su sistema estructural se compone de pilares esquinados, bóvedas de arista en las naves bajas y de cañón, con arcos resaltados, en la alta. En el crucero tiene una cúpula sobre trompas. Al exterior, las bandas verticales, los arquillos y las galerías con arcadas, le dan carácter y estilo inconfundibles. Es, en efecto, la más sabia y progresiva de las iglesias románicas catalanas, levantadas bajo la influencia del norte de Italia. Y, para bien de la arqueología, su historia está perfectamente documentada, pues copiosamente la ilustró el P. Villanueva. En una donación del rey Lotario, del año 981, se cita la *domus Sancti Vincentii, que est fundata in castrum Cardona*; luego ya existía el castillo y la iglesia en él.

Sus dueños y poseedores, los vizcondes de Cardona, la favorecen después y constantemente con cuantiosas donaciones. Servida parece ya, desde aquellos tiempos, por una canónica regular, según la interpretación que da el sabio presbítero a la palabra *domus*, estampada en aquel privilegio. El año 1019, el vizconde Bre-mudo la ordena y dota nuevamente, con abad y canónigos aquisgranenses, exención episcopal, labra de moneda y privilegios varios. Y, al propio tiempo, comienza la construcción de la iglesia hoy existente, que era dedicada en 1040, por Eriballo, obispo de Urgel y vizconde de Cardona.

Subsistió por largos siglos la vida monacal en San Vicente de Cardona, aunque con cambios de regla: en el siglo XIII tenía un Capítulo compuesto en parte de clero regular, y en parte de secular; rara mezcla que hay que suponer que no diera mucha paz ni prosperidad a la casa. Después sucedió lo que en los demás castillos-abadías: la vida monástica se extinguió, quedando sólo la parroquial; más modernamente, sucedió lo mismo a ésta. ¡Y la gran basilica de San Vicente de Cardona fué englobada entre los edificios militares y convertida en cuartel!

* * *

Si la *Historia* ha de tener su filosofía, no debe contenerse en la narración de los sucesos, sino buscar sus orígenes y sus consecuencias. Los de los castillos-abadías pirenaicos parecen relativamente claros. Invadida la Península por los mahometanos, los cristianos se repliegan a las montañas septentrionales. Entre ellos, es el elemento religioso el que salva la cultura, guardándola en numerosos retiros

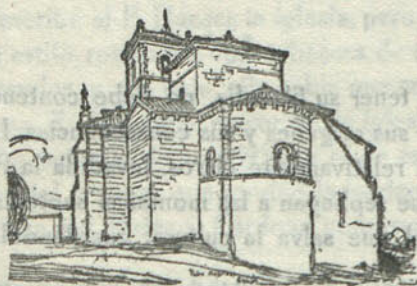
(1) *Viaje literario a las iglesias de España*, tomo VIII. Valencia, 1821.

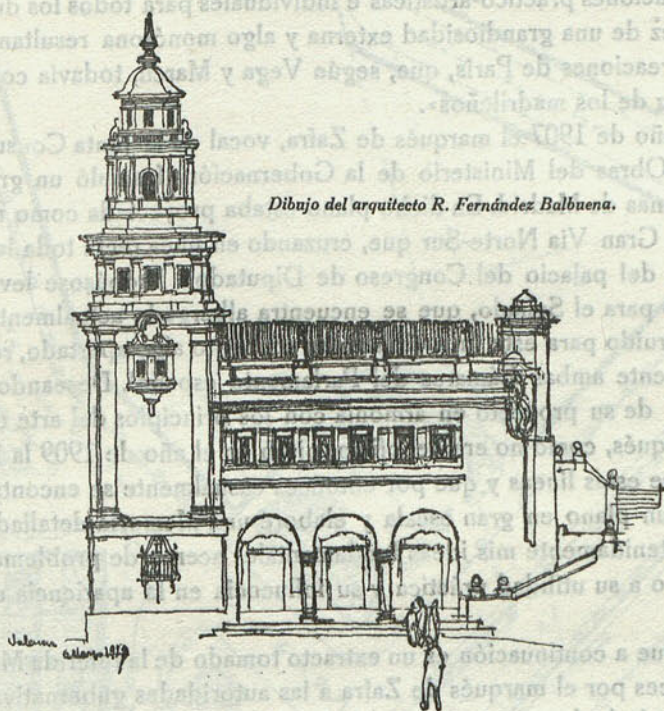
monásticos. Potentes e inteligentes los encontró San Eulogio, cuando en el siglo IX los visitó; poblados sus claustros por varones sabios y piadosos; provistos sus *scriptorios* de libros eruditos. Discútese si esa prosperidad cultural que llega hasta hacer de algunos monasterios pirenaicos, en el siglo X, emporios del saber en Occidente (el de Ripoll, por ejemplo), era la nacional isidoriana, allí refugiada, o la carolingia transpirenaica. Sálese de nuestro tema la cuestión, que el recuerdo del gran Teodulfo nos haría fallar en sentido isidoriano. Ello es que la preponderancia del clero regular tuvo que ser inmensa. Y que, actuando sobre la ruda sociedad cívico-militar, la hizo sierva de todas sus empresas. En aquellos días de angustia, parecería empresa superior a lo humano la restauración del territorio y de la fe, si no la amparaba el Divino auxilio. Y surgió el castillo-abadía, institución y monumento representativo de aquel siglo XI, rudo y peligroso. Transcurrido el XII, ceden la rudeza y el peligro, y envalentonados los hombres entienden no serles tan precisa la guía de Dios. Y como las dos sociedades que integran el castillo-abadía eran antagónicas, aflojado el lazo de unión, una caería. Los abaciazgos, minados por los obispos, por las Ordenes militares y por el clero secular, murieron en los castillos o quedaron en un lugar secundario, que en vano quiso ensalzar las renovaciones de Carlos V y Felipe II.

Resta un fenómeno por explicar. Por qué los castillos-abadías son privativos de la vertiente pirenaica y no aparecen en Galicia, ni en las Asturias, ni en las Provincias Vascas, refugio también de los cristianos, sujetos a iguales peligros y angustias, necesitados lo mismo del auxilio Divino. ¿Habrà que buscar la explicación en el estado próspero de la cultura monacal pirenaica, ya por su propia vitalidad isidoriana, ya por las relaciones, que la Geografía favorecía, de la sabiduría carolingia, sincrónica con el atraso de aquellas regiones, donde sólo brillan algunas lumbreras aisladas, en Samos, en Celanova o en Liébana? ¿Consistirá en una separación de clases, por la preponderancia de la guerrera? ¿Estará en la mayor importancia social e ilustrativa de los obispos astures, en comparación de los de la falda de los Pireneos?

Ello es que en esa vertiente pirenaica navarro-aragonesa-catalana es donde, desde el siglo IX al XIII, se levantan esos castillos-abadías, tipos institucionales arquitectónicos, tan dignos de llamar la atención de la Historia.

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA.





Dibujo del arquitecto R. Fernández Balbuena.

Proyecto de un grupo urbano monumental y un nuevo edificio de Parlamento en Madrid

El Dr. Oskar Jürgens, arquitecto mayor del Gobierno prusiano, consagrado desde hace varios años a los estudios de urbanización antigua y moderna española, sobre los que publicará en breve un libro, nos envía el siguiente artículo, con cuya inserción se honran las páginas de ARQUITECTURA. — R.

Casi todas las ciudades más importantes de España se ocupan actualmente de reformar su núcleo antiguo conforme a las exigencias de la vida moderna. Publícanse memorias y artículos sobre dicho asunto, y son numerosas las críticas y controversias que contribuyen a aclarar el problema o a sugerir nuevas soluciones. Por ello tal vez no sea inútil dar a conocer un proyecto, hecho hace ya varios años, en el cual se detalla minuciosamente una parte de un plan general de reformas de Madrid.

Durante el tiempo transcurrido desde que se hizo, la parte de la ciudad afectada por este proyecto ha cambiado bastante, y hoy quizás sería aún más irrealizable que entonces. Sin embargo, podrá tener algún valor para los compañeros especialistas en España, aunque no sea más que como ejemplo teórico de la manera cómo las enseñanzas modernas del arte de la urbanización suelen aplicarse en nuestro país,

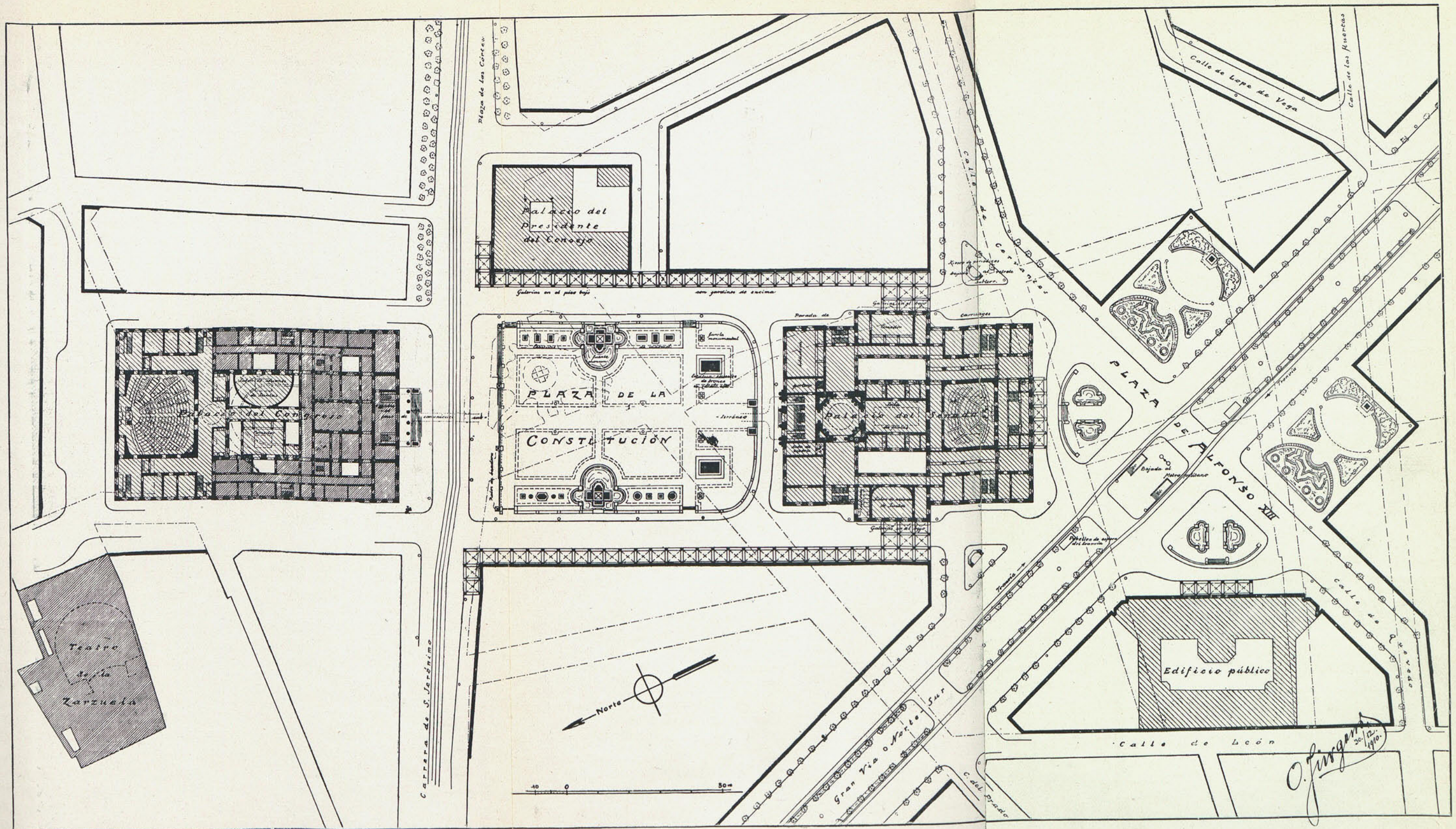
buscando soluciones práctico-artísticas e individuales para todos los diferentes problemas, en vez de una grandiosidad externa y algo monótona resultante de imitar siempre las creaciones de París, que, según Vega y March, todavía constituyen «el *non plus ultra* de los madrileños».

Hacia el año de 1907 el marqués de Zafra, vocal de la Junta Consultiva de Urbanización y Obras del Ministerio de la Gobernación, formuló un gran plano de reformas urbanas de Madrid. En dicho plano estaba proyectada como nueva arteria principal una Gran Vía Norte-Sur que, cruzando en línea recta toda la ciudad, pasaba no lejos del palacio del Congreso de Diputados. Propúsose levantar allí un nuevo palacio para el Senado, que se encuentra albergado actualmente en un edificio no construído para este fin y situado en un punto algo apartado, reuniendo así convenientemente ambas Cámaras del Parlamento español. Deseando formar esta parte cardinal de su proyecto en armonía con los principios del arte de la urbanización, el marqués, como no era del oficio, pidió en el año de 1909 la intervención del que escribe estas líneas y que por entonces casualmente se encontraba en Madrid. Le hice un plano en gran escala y elaboré una Memoria detallada en la cual desenvolví detenidamente mis ideas fundamentales acerca de problema tan importante en cuanto a su utilidad práctica y su influencia en la apariencia urbana de la villa y corte.

Lo que sigue a continuación es un extracto tomado de la referida Memoria, presentada entonces por el marqués de Zafra a las autoridades gubernativas.

Frente a la fachada principal del palacio del Congreso, y separado de él por una plaza rectangular, proyéctase el nuevo palacio para el Senado, bastante grande para que todos los locales necesarios, de dimensiones suficientes, se instalasen bien en el mismo. El edificio del Congreso de Diputados, construído en los años 1843 a 1850, que ya no basta a las necesidades actuales ampliase en su parte trasera, donde proyéctase un nuevo salón de sesiones con sus dependencias, capaz para que en él puedan tener lugar las mayores reuniones. El actual salón se podría transformar en pasillo central con dos salones a sus lados, un gran comedor y una sala destinada a juntas, de forma semicircular y de un radio igual al del actual salón de sesiones, para poder así aprovechar gran parte de la decoración y del mobiliario existentes. Con tal reforma este edificio bastaría a todas las exigencias futuras. Una galería subterránea, que recibiría luz a través de losas de cristal en el borde de las aceras, podría servir de comunicación directa de los dos edificios.

Estéticamente, ambos edificios están unidos en grandioso agrupamiento por medio de la plaza creada entre ellos, cuyos lados tendrían que estar formados por casas monumentales de igual orden de arquitectura, con galerías o pórticos en el bajo, los cuales cubrirían las aceras. Tales pórticos, tan en boga en los siglos pasados, y que tienen gran valor práctico y artístico a la vez, están abandonados casi por completo en nuestros tiempos por entorpecer el tránsito público y mermar las crecidas exigencias respecto a la luz y diafanidad. Si la parte alta de los edificios descansase directamente sobre los referidos pórticos, indudablemente habría que dar a los pilares un espesor muy grande, en consonancia con el peso que tubiesen que sostener, y se presentarían los inconvenientes de los antiguos soporta-



PROYECTO DE REFORMA DE UNA PARTE DE MADRID, CON UN NUEVO EDIFICIO DE PARLAMENTO.

Arquitecto: Dr. Oskar Jürgens.



les. Para evitar esta dificultad se propone retirar las fachadas, a partir del primer piso, a la línea de la segunda crujía. De esta manera los pórticos formarían un cuerpo saliente con ligeras columnas y esbeltos arcos, sosteniendo meramente azoteas que, en la capital de España, el país de las flores por excelencia, se convertirían en jardines, cuyos variados colores darían una nota de animación en la severa monumentalidad de la plaza. Estos pórticos, para mejor cerrar el aspecto de la plaza, no se interrumpen en las bocacalles que separan el edificio aislado destinado a palacio del presidente del Consejo de Ministros, ni en las inmediatas al palacio del Senado. En la carrera de San Jerónimo acompañan doblándose las esquinas de las manzanas para disminuir la latitud de la calle en el sentido estético. La plaza, arreglada a planta horizontal, está separada de la calle por una gradería con cuatro altos mástiles monumentales para banderas.

Esta plaza podría estar decorada a guisa del antiguo Foro Romano o de la *piazza della Signoria* del renacimiento italiano, reuniendo en un sitio relativamente estrecho gran número de monumentos, de una manera libre y simétrica. A los costados de la plaza, cuyo centro deberá quedar despejado, obras de mármol blanco, estatuas o hastiales y fuentes monumentales resaltarían bien sobre el fondo sombrío de los pórticos. Dos estatuas ecuestres de bronce en pedestales altos, flanqueando una especie de plazoleta delante del palacio del Senado, vistas desde el interior de la plaza, se alzarían por cima de las edificaciones, dibujándose los oscuros contornos de sus figuras sobre la transparencia purísima del cielo madrileño. De este modo, todos estos monumentos, realzando la unidad artística de la plaza, armonizarían en un acorde poderoso. Como, por ejemplo, las estatuas de los grandes pintores españoles, muy plausiblemente, están agrupadas alrededor del Museo del Prado, aquí sería oportuno erigir monumentos a la memoria de hombres políticos y patricios sobresalientes. Así, esta plaza, a más de servir al embellecimiento de Madrid, sería un sitio consagrado a toda la nación española, donde su estado de cultura, amor a la patria y afición por las artes, encontrarían una expresión soberbia. En estrecha relación con los edificios del Parlamento, en vez de la mezquina e irregular plaza de las Cortes, resultaría una plaza monumental, simbolizando la fuerza motriz de la actual vida pública y la colaboración del pueblo en las tareas del Gobierno, siendo una verdadera plaza de la Constitución.

Formando perfecto contraste con esta plaza cerrada, comparable a las antiguas plazas Mayores de las ciudades españolas, la que resulta al otro lado del proyectado palacio del Senado, en el encuentro con la nueva Gran Vía, es una plaza marcadamente abierta y de tránsito. La continuación no interrumpida de la vía, el arreglo riguroso de la circulación rodada y de peatones y la disposición adecuada de construcciones necesarias en tales puntos, como lo son: estaciones del Metropolitano, pabellones de espera, kioscos para vender periódicos y retretes subterráneos, están considerados como exigencias principales, sin descuidar por eso la forma artística de la plaza. El palacio del Senado y otro edificio público simétrico con él, cuyas fachadas en su disposición oblicua veríanse desde lejos, contribuirían a su monumentalidad. Las dos plazoletas rectangulares, cortadas de las esquinas de las manzanas opuestas, con sus jardinitos, separados de la vía por arbolado, formarían

tranquilos sitios en medio del trajín de la calle; unas estatuas tendrían allí emplazamiento muy a propósito. Se ha huído de una configuración completamente simétrica de esta plaza, porque las de forma circular o poligonal, hoy dispuestas con predilección en los encuentros de las calles más concurridas, nunca satisfacen ni en el sentido práctico ni en el estético. Mientras que sus dimensiones no sean tan grandes que la anchura de las bocacalles que a ellas concurren no perjudique a la unidad del aspecto general, aun con armonizar los detalles, siempre resultan de aspecto incoherente. Las diferentes partes de tales plazas, aunque se marque su centro con una decoración de jardinería, arquitectura o escultura, nunca dejan de contraerse a una relación comprensible. Otra deficiencia de esta clase de plazas consiste en que no puede colocarse en ellas más que uno solo de los dichos objetos de decoración que, además, puesto en el eje de las encrucijadas, constituye un obstáculo para la circulación, carece de sitio a propósito desde donde pueda contemplarse cómodamente, y cuando se trata de una estatua, por encontrarse su simetría unilateral en contradicción con su posición céntrica, no puede estar orientada de manera satisfactoria. Todo estos inconvenientes pueden notarse en las glorietas o plazuelas de forma semejante que tanto abundan en Madrid. La aplicación de este sistema a la mayor parte de las plazas de una ciudad es uno de los desaciertos más sensibles de los urbanizadores, no sólo en España. La perpetua repetición de formas iguales o muy semejantes, es además de una lastimosa monotonía existente muy a menudo en los planos modernos y que debería ser combatida resolviendo los distintos problemas con arreglo a las circunstancias dadas y lo más variadamente posible.

Todo el dédalo de estrechas calles de las inmediaciones ha sido mejorado. El teatro de la Zarzuela, situado hasta ahora en una plazoleta muy pequeña, queda en la ancha calle-plaza, detrás del palacio del Congreso.

Este proyecto trataba solamente de apuntar una proposición. La solución definitiva tiene que quedar a cargo de los facultativos oficiales, encargados de formular el proyecto general de las reformas urbanas de Madrid. Tal vez sería conveniente buscar la solución más perfecta de problema tan importante por medio de un concurso general o limitado a varios arquitectos especialistas, en el que tal vez podría permitirse la participación al extranjero, como ya lo han practicado en otros países con el éxito de obtener algunas ideas útiles y convenientes. En una elaboración acertada de toda clase de proyectos de urbanización, a pesar de la aplicación o reglas generalmente aprobadas, siempre habrá que guardar el carácter local, que precisamente no debería perderse en la capital de un país tan característico como España.

DR. OSKAR JÜRGENS,

Arquitecto mayor del Gobierno prusiano,
Miembro numerario de la Academia Alemana
de Urbanización.

Conductos de agua para pequeñas instalaciones

La importante revista profesional fundada por M. Planat *La Construction Moderne*, publicó en el último verano unos artículos con el mismo título con que se encabeza el actual, en los que su autor, M. J. Couture, estudia este problema, comenzando con las siguientes palabras:

«Encuéntrense fácilmente los datos y cuadros concernientes a instalaciones de agua para grandes distribuciones. No sucede lo mismo para las distribuciones en el interior de los inmuebles. Hemos querido llenar esta laguna por medio del estudio que sigue.»

Es dicho estudio muy interesante; pero, sin duda por darle carácter de gran generalidad, su autor se ha visto obligado a conservar cifras y datos que hacen penosa su aplicación para la redacción de proyectos de arquitectura en los casos más corrientes, y puede obtenerse un medio de aligerar los cálculos necesarios llevando más adelante que lo hace el Sr. Couture el examen de las leyes generales de la hidráulica, y resumiendo en un baremo los resultados de su aplicación a los casos más usuales en la edificación, a fin de que sin cálculo de ninguna clase puedan encontrarse los resultados que se buscan.

Tal es el fin que este trabajo se propone, con el deseo de que en alguna ocasión pueda el baremo servir de alivio en sus trabajos a los arquitectos, en los proyectos de instalación de servicios de agua.

Justificación del baremo. — «Existen para los tubos de conducción de aguas — dice M. Planat en su obra *L'Art de bâtir*, tomo V, pág. 495 — fórmulas que sirven para determinar la pérdida (de carga o de presión) ocasionada en ellos por los rozamientos. Son estas fórmulas muy numerosas y de formas muy diversas; pero dan resultados poco diferentes en las condiciones ordinarias. En todo caso, las de Darcy y Bazin, basadas en gran número de experiencias, son de mucha exactitud.»

Las fórmulas a que hace referencia son:

$$\frac{DJ}{4} = \ell v^2, \quad Q = \omega v.$$

Si en estas ecuaciones, que tienen seis variables, se despeja el valor de v en la segunda ecuación y substituimos su valor en la primera, se tendrá:

$$\frac{DJ}{4} = \ell \frac{Q^2}{\omega^2},$$

algoritmo que tiene ya sólo cinco variables.

Pero ω , o sea superficie de la sección del tubo de que se trata, es un círculo de diámetro D , y, por tanto, su valor es:

$$\omega = \pi \frac{D^2}{4},$$

valor que, sustituido en la ecuación anterior, la convierte en ésta:

$$\frac{DJ}{4} = \ell \frac{4^2 \times \pi^2 Q^2}{D^4},$$

que tiene tan sólo cuatro variables.

Puede aún eliminarse una de ellas, la ϵ , cuyo valor depende exclusivamente del diámetro del tubo de que se trate, puesto que es sensiblemente

$$\epsilon = 0,0002535 + \frac{0,00000647}{D}$$

para los tubos nuevos y lisos, y de

$$\epsilon = 0,000507 + \frac{0,00001294}{D}$$

para los que llevan algún tiempo de servicio y tengan, por tanto, sus superficies interiores rugosas por las sales que en ellas puedan depositarse.

Despejando de cualquiera de estas ecuaciones el valor de D , y sustituyéndole en la anterior, se llega a una ecuación en que entran tan sólo tres variables, que serán:

D , diámetro de la tubería.

Q , gasto o cantidad de agua que ha de pasar por el tubo en un segundo de tiempo; y

J , pérdida de carga, o presión que el agua experimenta en cada metro lineal de tubería.

Por tanto, haciendo en aquella fórmula las operaciones aritméticas necesarias, puede llegar a obtenerse la relación que liga a estas tres variables para determinados valores de dos de ellas, y aplicar directamente los resultados a la determinación de una de ellas cuando las otras dos sean conocidas.

Las cañerías usuales en la edificación son las de plomo reforzado, que se conocen con los números 1 al 15, y que tienen diámetros que varían entre 0,01 y 0,10 metros, y el consumo de agua que de ordinario se necesita no excede de dos litros por segundo ni es inferior a 0,1 litro; por lo cual se ha circunscripto a estos límites el presente trabajo, teniendo además presente que no es práctico reducir a menos de 0,25 metros por segundo la velocidad del agua en las tuberías, ni exceder esta velocidad de dos metros.

En los cálculos se ha adoptado para el valor de ϵ el que se deduce de la segunda de las ecuaciones anotadas, por el deseo de dar un carácter completamente práctico al baremo. Pero por si algún constructor deseara saber el resultado que se obtendría aplicando el valor de ϵ contenido en la primera de aquellas ecuaciones, se hará notar que el segundo valor de ϵ es exactamente el doble del primero, y, por tanto, los resultados que para el valor de J anota nuestro baremo son exactamente doble de los que se obtendrían aplicando los de la primera ecuación.

El baremo tal como se presenta anota en su cabeza y en línea horizontal los diversos valores de Q , creciendo por décimos de litro por segundo, y en la primera línea vertical los diámetros de las tuberías, en milímetros: en el interior del cuadro y correspondiendo a los diámetros de su línea horizontal y gastos de la vertical, se hallan las pérdidas de carga, o valores de J experimentados por el agua en cada metro lineal de recorrido.

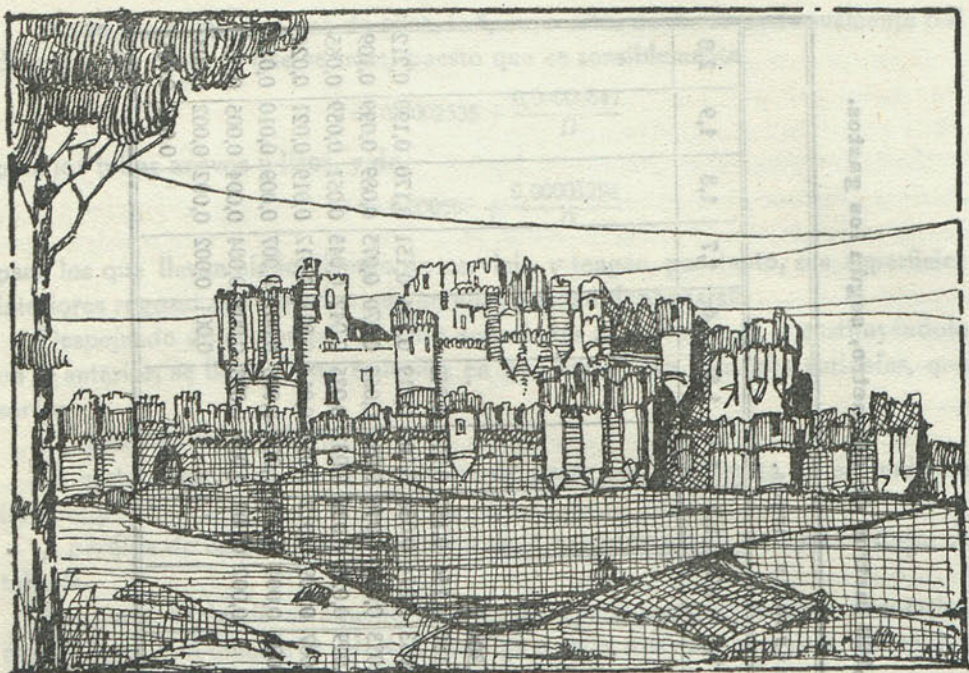
La aplicación de este baremo en el estudio corriente de los proyectos de arquitectura exige alguna explicación, que se dará en otro artículo.

He aquí el baremo:

(Continuad.)

Cuadro de las pérdidas de carga en tubos de 0,010 a 0,100 metros de diámetro, según los gastos.

D = DIÁMETRO DE LOS TUBOS EN MILÍMETROS	Q = GASTO POR SEGUNDO EN LITROS.																			
	0,1	0,2	0,3	0,4	0,5	0,6	0,7	0,8	0,9	1,0	1,1	1,2	1,3	1,4	1,5	1,6	1,7	1,8	1,9	2,0
10	1,198																			
12	0,488																			
15	0,118	0,465																		
20	0,023	0,091	0,212	0,377	0,590															
25		0,028	0,067	0,121	0,188	0,276	0,368	0,478												
30		0,009	0,019	0,039	0,061	0,090	0,123	0,159	0,201	0,249	0,304									
35			0,009	0,017	0,027	0,038	0,053	0,069	0,086	0,109	0,130	0,156	0,182	0,213	0,243					
40				0,008	0,012	0,021	0,026	0,032	0,040	0,050	0,063	0,074	0,088	0,102	0,119	0,134	0,151	0,170	0,190	0,212
45				0,004	0,007	0,009	0,012	0,017	0,021	0,028	0,033	0,039	0,046	0,054	0,062	0,070	0,075	0,089	0,099	0,109
50					0,004	0,005	0,007	0,012	0,012	0,015	0,019	0,022	0,026	0,031	0,035	0,042	0,045	0,051	0,059	0,065
60								0,003	0,004	0,005	0,007	0,009	0,012	0,013	0,014	0,015	0,017	0,019	0,021	0,024
70										0,002	0,003	0,004	0,005	0,005	0,006	0,007	0,007	0,009	0,010	0,011
80												0,002	0,002	0,003	0,003	0,003	0,004	0,004	0,005	0,005
90																0,001	0,002	0,002	0,002	0,003
100																			0,001	0,001



Vista general del castillo de Coca.

MONUMENTOS CASTELLANOS

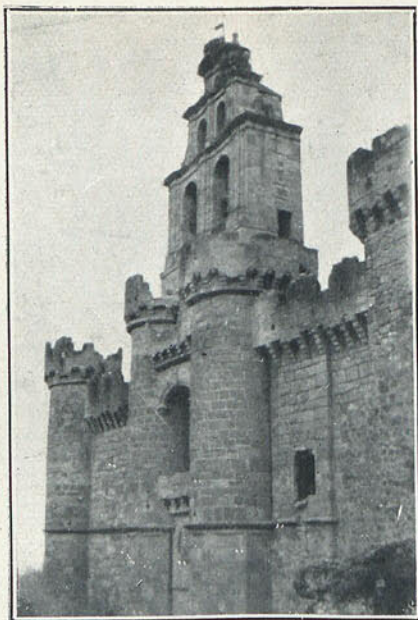


El castillo de Coca. — En la amplia llanura castellana, y en la confluencia de los ríos Eresma y Voltoya, hállase la villa de Coca, de remota antigüedad y célebre historia.

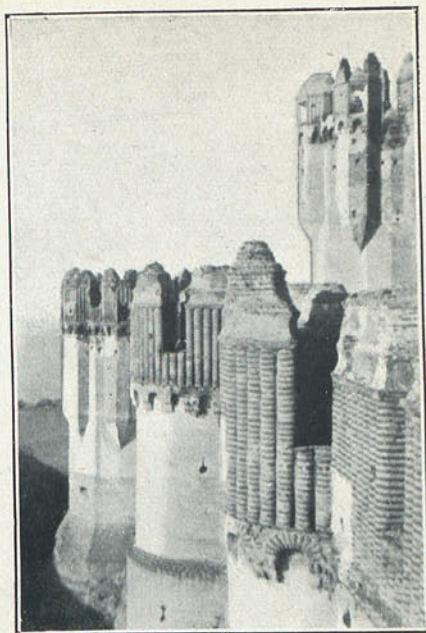
La primitiva Cauca, fundada por los vaceos y erigida por esta tribu ibera en su capital, fué tomada a traición y saqueada por las legiones romanas que mandaba el cónsul Lucius Lucullus, en el año 151 antes de Jesucristo. Vuelve a tener cierta importancia en la edad media, a raíz de haber fijado en ella su residencia los Fonsecas, noble familia de gran influencia.

Uno de sus miembros, el ilustre mitrado D. Alonso, altivo señor feudal, mundano y guerrero, decide erigir en Coca su morada, y si, llevado de sus depuradas aficiones artísticas, fué poco parco en gastar sus cuantiosas rentas restaurando y embelleciendo las iglesias de Sevilla, Ávila y Santiago durante los años que rigió esas diócesis, no las había de escatimar al construirse un palacio señorial que fuese a la vez (como exigían los turbulentos tiempos medievales) fortaleza donde asentaría su poder.

Este castillo, imponente y bellissimo, fué construído por alarifes mudéjares que supieron imprimirle cierto carácter árabe; asombra la maestría y gusto con que está



CASTILLO DE TURÉGANO (SEGOVIA).



CASTILLO DE COCA (SEGOVIA).

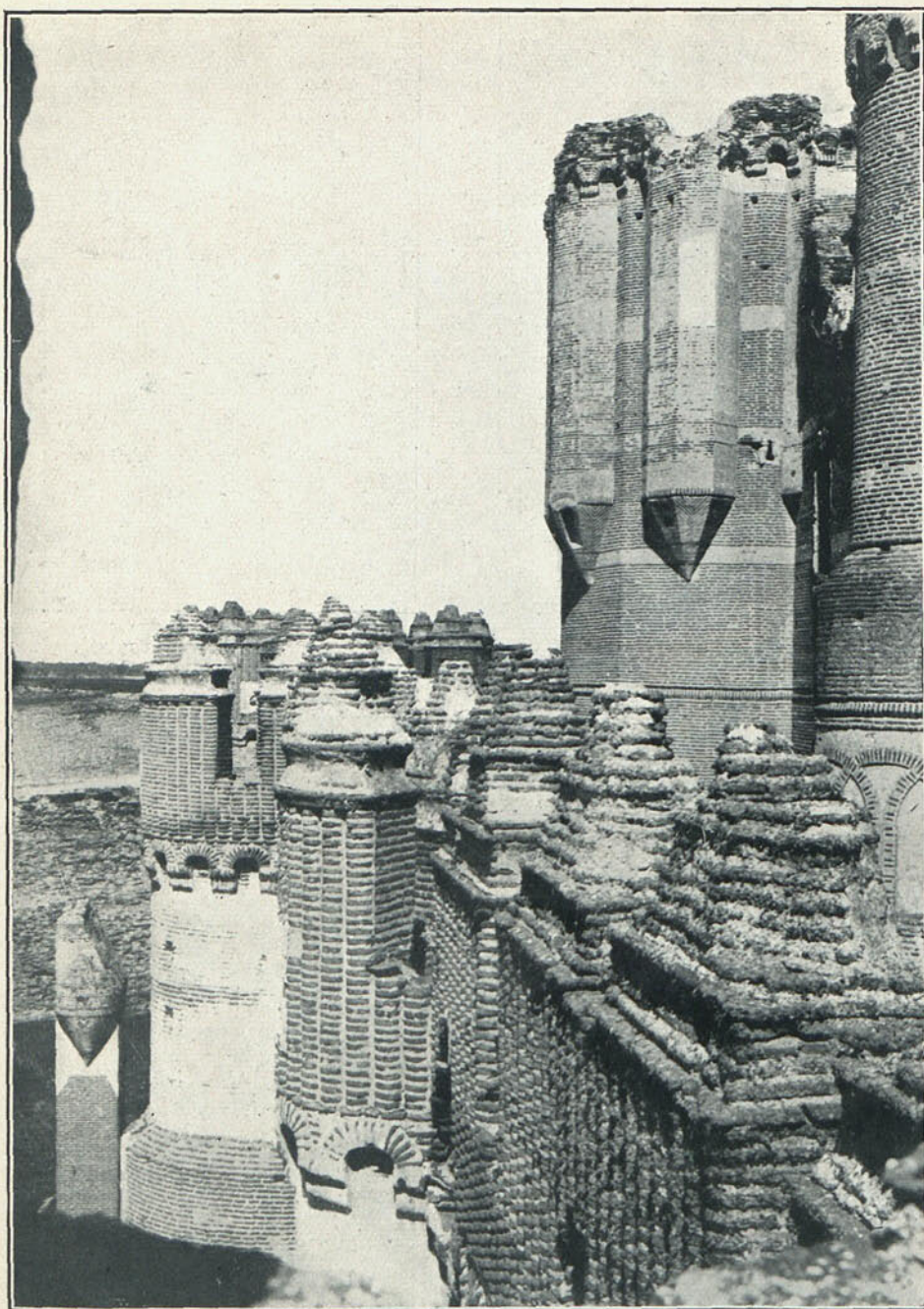


BÓVEDA DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA,
EN COCA (SEGOVIA).



CAPITEL DEL CLAUSTRO DE LA IGLESIA DE
SANTA MARÍA DE NIEVA (SEGOVIA).





CASTILLO DE COCA (SEGOVIA).

Fot. L. Torres Balbás.

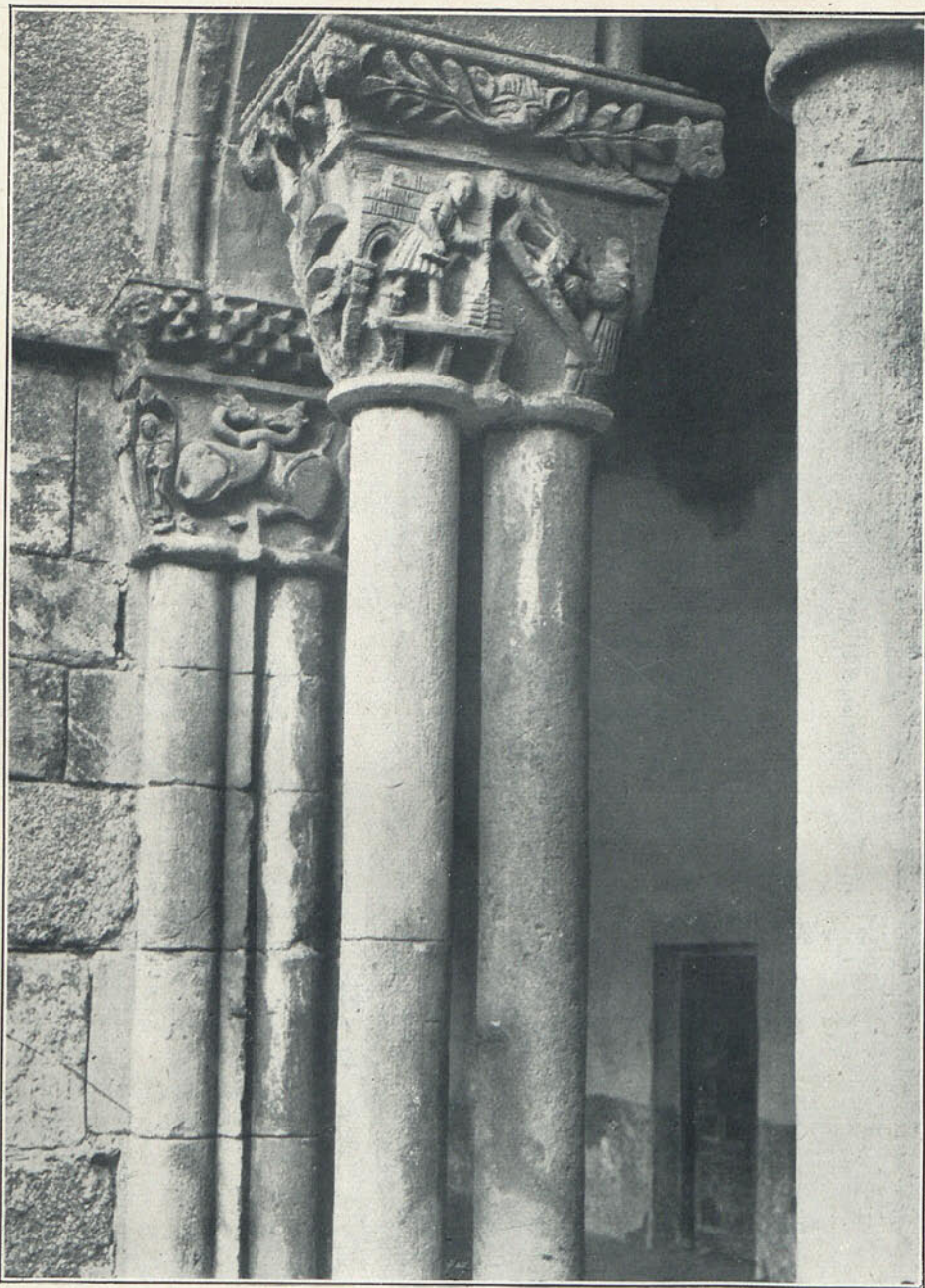




CLAUSTRO DE SANTA MARÍA DE NIEVA (SEGOVIA).

Fot. L. Torres Balbás.





DETALLE DEL CLAUSTRO DE SANTA MARÍA DE NIEVA (SEGOVIA).

Fot. L. Torres Balbás.



ejecutada la fábrica de ladrillo, y causa admiración la serenidad de su trazado y la movilidad de sus esbeltas líneas, que excluye toda idea de monotonía y pesadez. Joya única en su género, constituye, como dice el Sr. Lampérez, «un ejemplo magnífico y típicamente español».

Un amplio y profundo foso, cuyas aguas estaban contenidas por taludes también de ladrillo, rodea toda la construcción; salvada esta primer defensa por un puente fijo, que debió substituir al levadizo, se encuentra la única entrada del edificio, situada en el muro que rodea el primer recinto.

La muralla, almenada y calada por saeteras, es de forma cuadrada y en cada uno de sus ángulos se yergue un fuerte y elegante cubo que pasa de las formas cónica y circular con que arranca a la exagonal, teniendo como defensa en cada lado otros tantos cubos más pequeños y también de forma exagonal, decorados unos y otros con caprichosos dibujos obtenidos con la colocación de los ladrillos. El interior de los cuatro cubos angulares, destinado a alojamiento de la guardia exterior, se halla distribuido en salas, en las cuales se puede estudiar todo un curso de trazado y encuentro de bóvedas, algunas de las cuales están revestidas y policromadas.

Atravesando este primer recinto se da frente a la mole central del castillo, también de forma cuadrada, con cubos análogos a los del muro exterior en tres de sus ángulos y una esbelta y majestuosa torre del homenaje en el cuarto, destinada a contener las habitaciones de los señores del palacio y formada por cuatro gigantescos baquetones circulares. En el interior existió un patio, cuya construcción de piedra y cerámica era un prodigio de artística belleza.

Todo el conjunto se halla coronado por unas almenas formadas por nervios que apoyan en unos arcos y éstos en voladizos. Los nervios son de planta circular y están formados con ladrillos aplantillados con juntas horizontales del mismo grueso que éstos, obteniendo un listado rojo y blanco que resulta muy decorativo.

Salvado milagrosamente de ser arrasado por los comuneros en el año de 1520, como represalia del incendio de la ciudad de Medina del Campo por su entonces señor D. Antonio de Fonseca, y saqueado luego por los franceses, aparece actualmente abandonado y ruinoso, a pesar de lo cual se revela en los atardeceres como una visión de la majestad y belleza que debió tener en los años de su esplendor y poderío.

La iglesia parroquial de Santa María encierra las tumbas de la familia de los fundadores del castillo. De estilo gótico, sencilla de líneas, está enriquecida a la derecha del altar mayor por la tumba de D. Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, ejecutada por Bartolomé Ordóñez; y en el crucero por los sepulcros dobles de otros cuatro FONSECAS, bellos trabajos italianos del siglo XVI. ¡Lástima que la torre no esté completa, y sí afeada por un remate de mal gusto que rompe la armonía y composición del conjunto!

Merece citarse también, como monumentos que embellecen esta legendaria villa, el arco de entrada, principal puerta de la antigua muralla, convertida hoy en cárcel; una torre aislada, último vestigio de otra iglesia, y algunas rejas de interés diseminadas por las tortuosas calles de la antigua Cauca.

El castillo de Turégano. — A pocos kilómetros de Coca, y por una carretera muy pintoresca que atraviesa pueblos de marcado carácter castellano y unos hermosos pinares, se encuentra en el corazón de la tierra segoviana la interesante y antigua villa de Turégano, enclavada en un valle regado por los arroyos, con pretensiones de ríos, Mulas y Valseco.

Esta villa, conocida primitivamente con el nombre de Turvécano, según la cédula de su donación al Obispado de Segovia dada por D.^a Urraca en el año 1123, perteneció a esta diócesis hasta tiempos del rey Carlos III.

El castillo de Turégano, principal monumento de la villa, es de carácter completamente distinto al de Coca, debido, sin duda, a las diferentes necesidades a que estaban destinados, pues mientras el de los Fonseca tenía por objeto satisfacer la vanidad y la afición al lujo de D. Alfonso, su fundador, el de Turégano era una iglesia fuerte que sirvió de residencia y lugar seguro a los obispos de Segovia.

Situado a la salida del pueblo, en la carretera que conduce a Sepúlveda, está enclavado sobre una pequeña colina, apareciendo en alto dominando el pueblo, y ofreciendo una bellísima perspectiva desde la típica plaza, punto de vista que utilizó el insigne pintor Zuloaga para el fondo de su célebre cuadro *Toreros de aldea*.

Construido todo él de una piedra rojiza, es de planta cuadrada, apareciendo la ruinas de una primera defensa, cuyos cubos son de forma circular y coronados por saeteras; en ella está la puerta de medio punto defendida por unos matacanes. Una vez dentro, nos encontramos con la fachada principal, formada en el centro por dos esbeltos cubos que defienden la entrada a la capilla (pues a la parte de fortaleza se da acceso por una puerta más pequeña elevada sobre el suelo, y a la que se llega por una escalera también de piedra).

Sobre la puerta principal se destaca un escudo labrado y encima un señorial balcón, rematado con un moldurado arco, cuya clave y arranques están decorados con escultura. Este balcón y la espadaña, que esparce por el valle el tintineo de sus bronceadas campanas, son las únicas partes labradas y ricas del edificio.

A la derecha se alza una maciza y achaparrada torre, aprisionada a manera de enorme tenaza por dos cuerpos salientes, coronados, como todo el conjunto, por almenas labradas en piedra y decoradas por unas bolas. Defendiendo el flanco izquierdo existen tres circulares y robustas torres, enriquecidas por unos escudos y coronadas por unos cinturones de almenas tratadas en la misma forma que las del resto de este singular castillo.

Ocupando la parte central destinada al patio de armas, se encuentra la iglesia, de estilo románico del siglo XIII, compuesta con gran similitud, apareciendo como un todo homogéneo con el castillo. También, como éste, abandonada, aunque creo recordar que algunos días del año se rinde culto en ella.

El interior de la iglesia, bastante espacioso, es de proporciones simpáticas y conserva algunos capiteles de gran interés. Desgraciadamente, no se ha librado de la afición al antiestético revocado y blanqueo, perpetuándose el nombre del autor de este atropello artístico en una inscripción sobre el altar mayor. A la derecha del altar se encuentra la sacristía, pequeña y vacía, y a los pies de la iglesia un coro de madera, en el cual duerme el sueño del olvido un destartado y desafina-

do órgano, que en remotos tiempos alegraría con sus sonidos aquellos pesados y atemorizantes recintos.

La parte de fortaleza y residencia episcopal se encuentra dentro de los muros de la torre y cuerpos salientes, conservándose varias salas espaciosas y desniveladas, cuyos muros guardan el secreto de las intrigas por ellos presenciadas y oídas durante los borrascosos reinados de Pedro *el Cruel*, Enrique de Trastámara, Juan II y Enrique IV.

Castillo donde se hizo fuerte el obispo D. Juan Arias de Ávila (el cual lo robusteció en el año 1465 quitándole movilidad a sus líneas), y donde estuvo preso el secretario de Felipe II, Antonio Pérez; está en la actualidad en pie gracias a la piadosa idea de sus convecinos de convertir sus recintos en cementerio, guardándose mutuamente así del devastador galopar de los siglos.

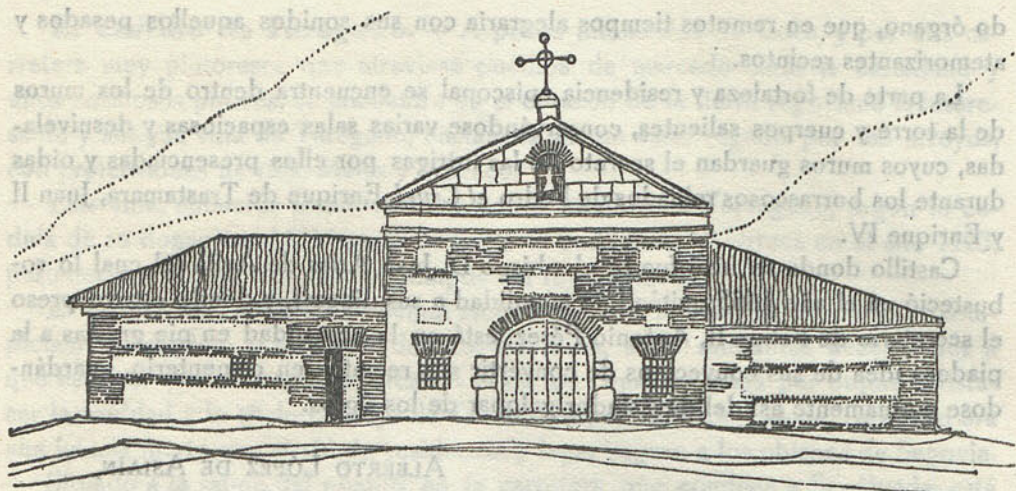
ALBERTO LÓPEZ DE ASIAÍN,

Arquitecto.

Dibujos del autor.



Castillo de Turégano, visto desde la plaza.



ERMITA DE SAN ROQUE EN NAVALCARNERO (MADRID)

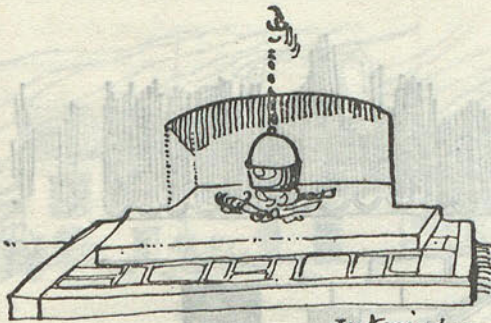
ARQUITECTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

GLOSAS A UN ÁLBUM DE DIBUJOS

Los visitantes de la pasada Exposición Nacional de Bellas Artes que tuvieron ánimo suficiente para penetrar en la repulsiva frialdad del llamado Palacio de Cristal, pudieron ver, al igual que en los certámenes anteriores, una gran cantidad de obras escultóricas esparcidas por el interior, a las que servían de fondo bastidores de brillante policromía colgados de los muros. Todo ello representaba lo que, pomposamente, llamaríamos la escultura y la arquitectura contemporáneas españolas.

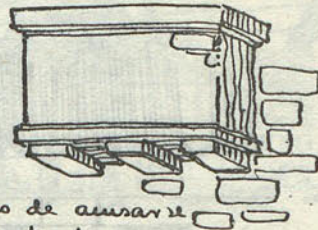
Si sorteando los pedestales que sostenían la exhibición de gentes, pasiones y aun ideas plasmadas en escayola, lograba el curioso aproximarse a examinar los dibujos de arquitectura, más numerosos que en las precedentes Exposiciones, su impresión seguramente era de desconcierto. Cada uno de los expositores daba una nota tan distinta de las de los restantes que, tratando de deducir consecuencias del conjunto de los trabajos presentados, no se conseguía percibir más que una serie de disonancias. Producía, pues, la arquitectura, en nuestra última Exposición Nacional, la impresión de disfrutar de completa anarquía, falta de la más mínima disciplina. Ello hubiera tenido legítima justificación si la heterogeneidad y el desorden se hubieran producido por la manifestación de personalidades vigorosas capaces de justificar las más audaces disonancias. Por el contrario, casi todos los proyectos expuestos carecían de transcendencia en sus intenciones; aun siendo tan distintos los caminos seguidos por sus autores, eran caminos conocidos, ya de antiguo trillados, y cuyo fin de ruta se adivinaba próximo y modesto.

Contribuía en gran parte a esta impresión lo fragmentario de la labor personal que a estos certámenes suele presentarse. Creemos por ello que sería oportuno inau-

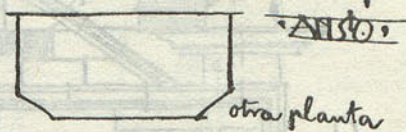


• HOGARE •

- Interior -

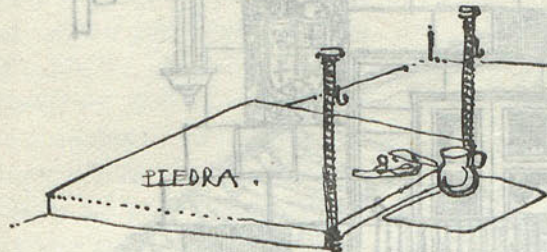


Modo de construir
en fachada.

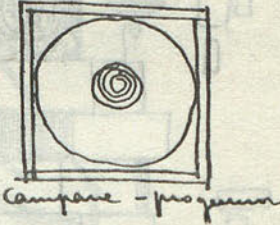


• ANFO •

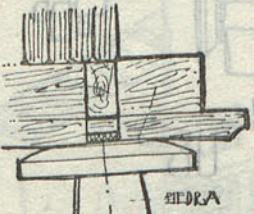
otra planta



PIEDRA •



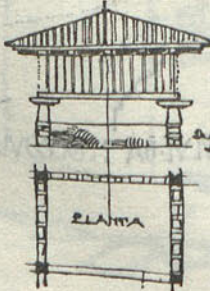
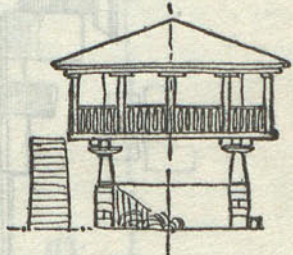
Campare - proyección



PIEDRA



SECCION DE
PIEDRA



PLANTA

Detalle de
fachada



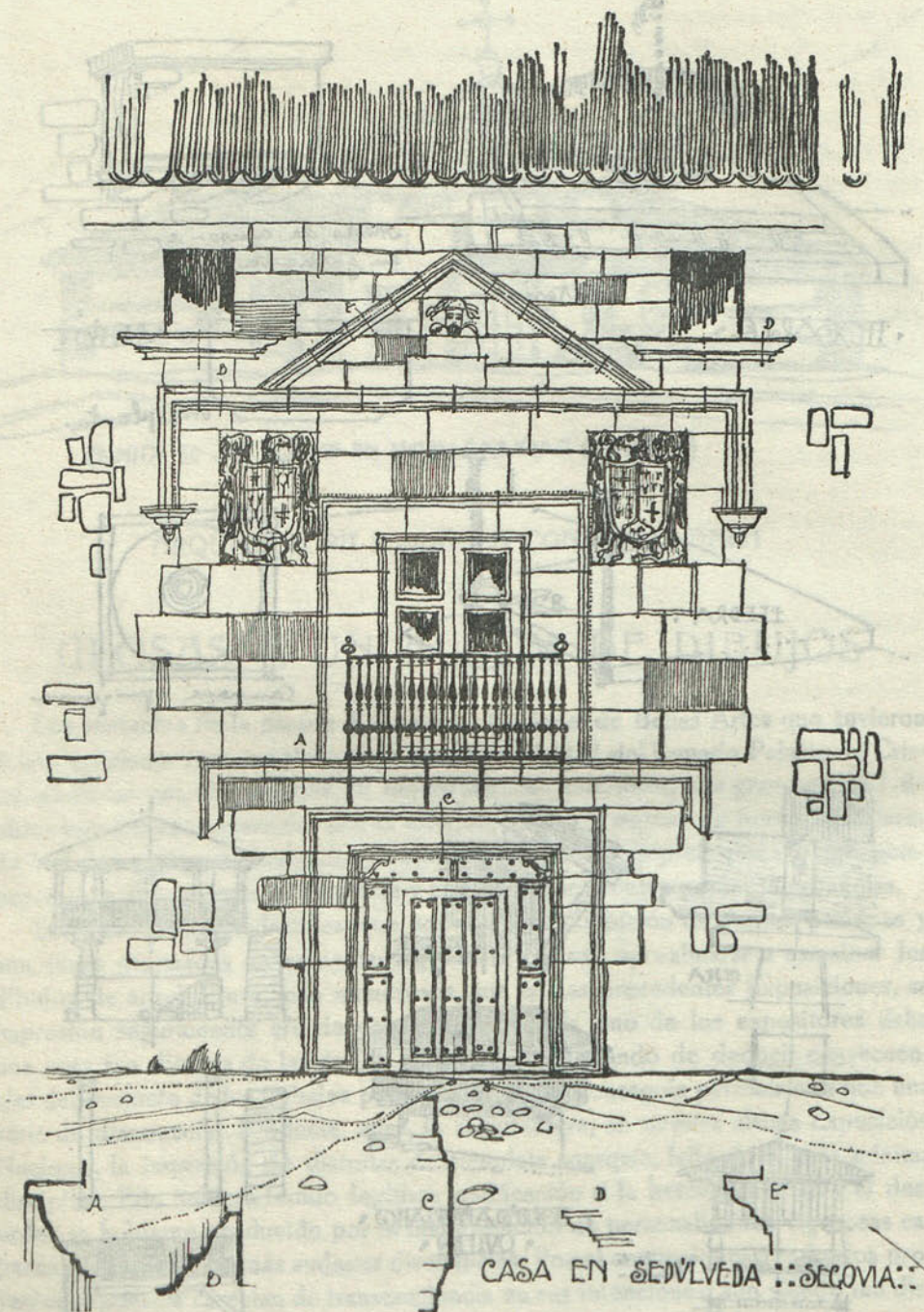
• HORRERO AMPLIADO •
• OVILLO •

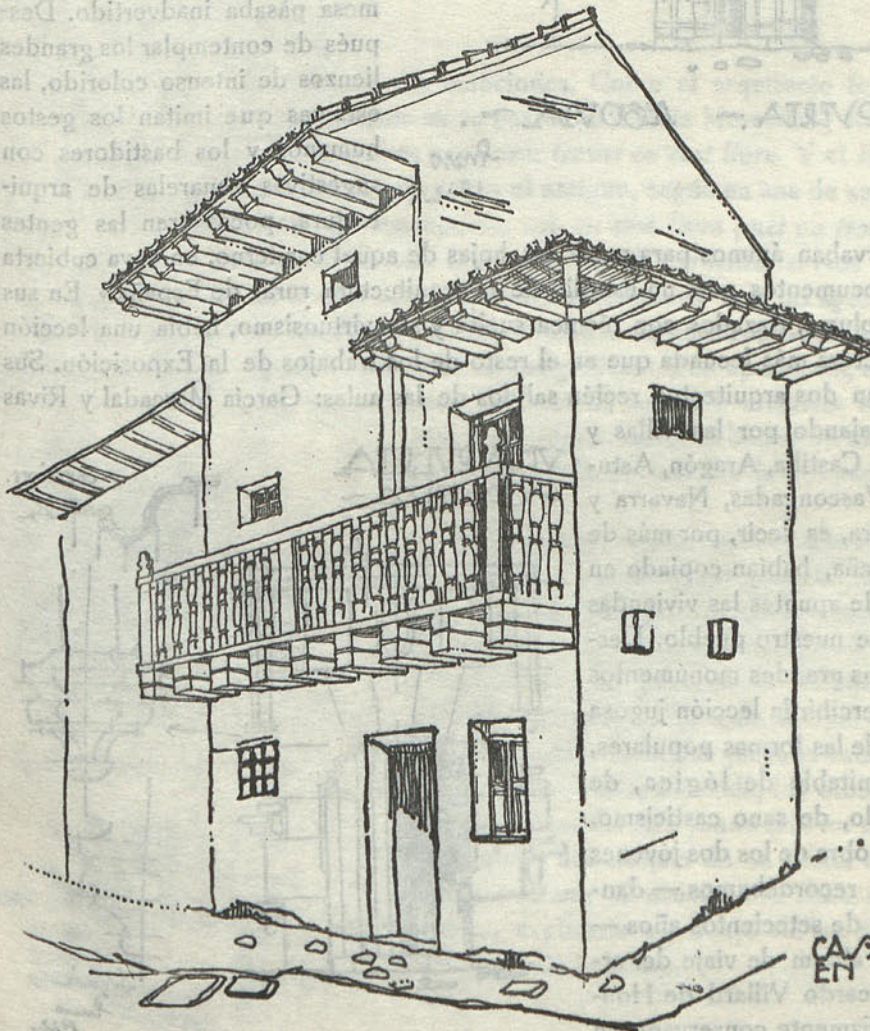


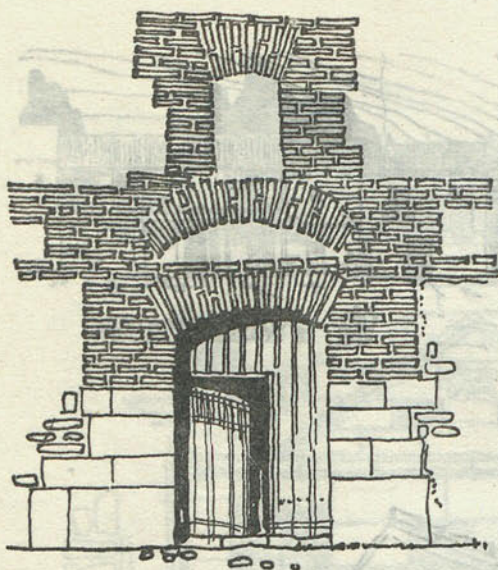
PLANTA



SOPANAS EN
CORRERIAS







-VIA PVERTA.- ECOVIA ~.

pluma
4.2.

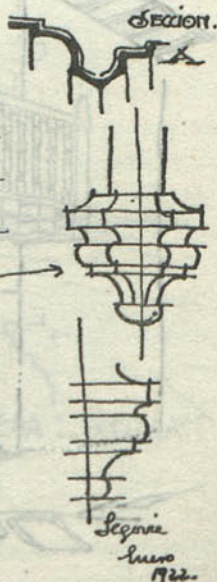
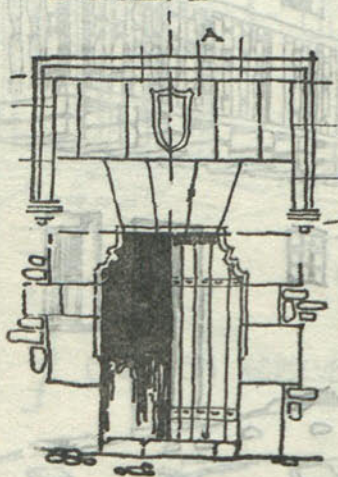
que conservaban ánimos para pasar las hojas de aquel cuaderno, en cuya cubierta leíase: «Documentos para un estudio de la arquitectura rural de España.» En sus dibujos a pluma, trazados con técnica suelta y sin virtuosismo, había una lección de arquitectura más fecunda que en el resto de los trabajos de la Exposición. Sus autores eran dos arquitectos recién salidos de las aulas: García Mercadal y Rivas Eulate. Viajando por las villas y pueblos de Castilla, Aragón, Asturias, las Vascongadas, Navarra y Extremadura, es decir, por más de media España, habían copiado en su álbum de apuntes las viviendas humildes de nuestro pueblo. Desdénando los grandes monumentos supieron percibir la lección jugosa y fecunda de las formas populares, lección inimitable de lógica, de buen sentido, de sano casticismo.

Ante la obra de los dos jóvenes arquitectos recordábamos — dando un salto de setecientos años — aquel otro álbum de viaje del arquitecto picardo Villard de Honnecourt, felizmente conservado en

gurar Exposiciones individuales, como las que realizan desde hace tiempo pintores y escultores, en las que aparezca la labor de cada arquitecto lo más completa posible, desde sus primeros ensayos hasta las obras en ejecución.

* * *

Entre los proyectos de arquitectura expuestos en el Palacio de Cristal, un álbum modesto colocado sobre una pequeña mesa pasaba inadvertido. Después de contemplar los grandes lienzos de intenso colorido, las estatuas que imitan los gestos humanos y los bastidores con sugestivas acuarelas de arquitectura, pocas eran las gentes

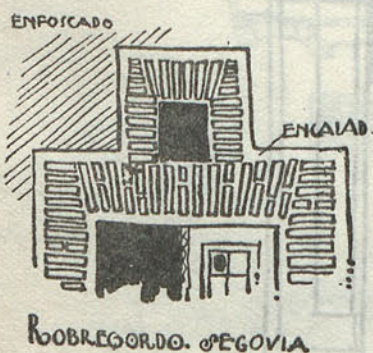
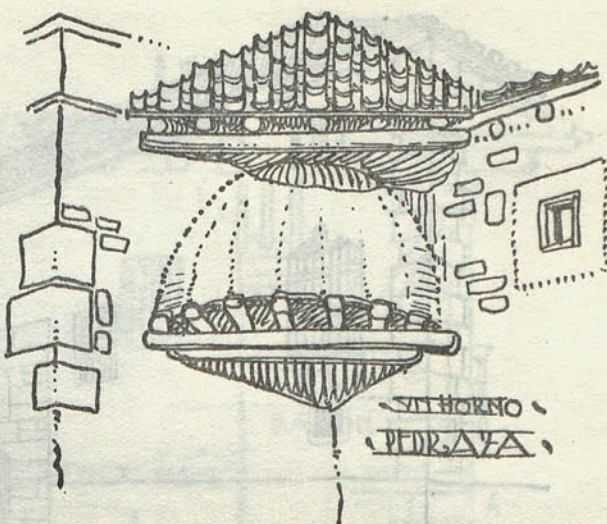
VIA PVERTA
-CAOTIZA-

la Biblioteca Nacional de París, en el que aparecen, en sugestiva amalgama, planos de iglesias, dibujos de animales y plantas, de rosetones, de ingenios hidráulicos, de edificios vistos en sus andanzas, al lado de recetas de composiciones cerámicas y pastas depilatorias, fórmulas de pociones para curar las heridas y conservar los colores brillantes a las flores de un herbario. Ambos son libros de camino, a los que artistas curiosos y errabundos

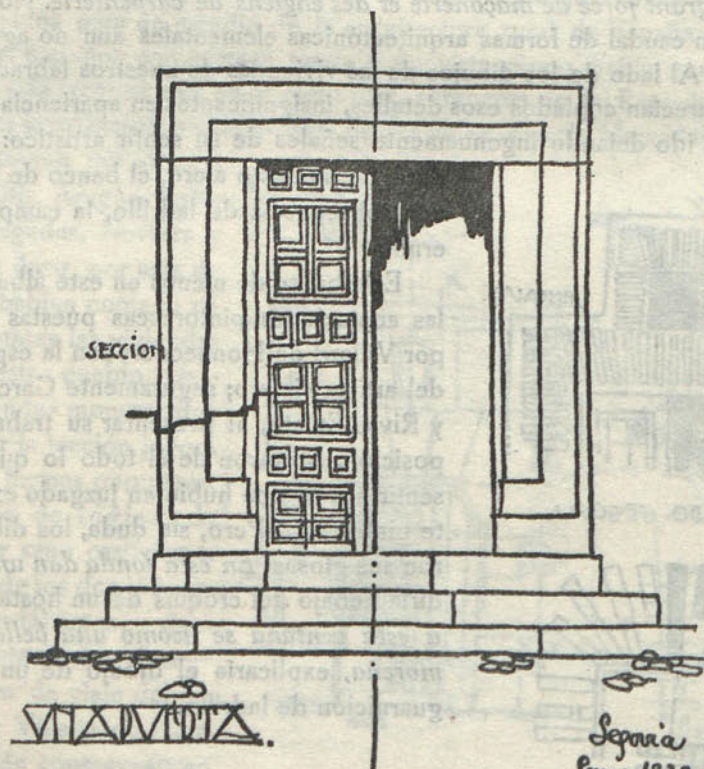
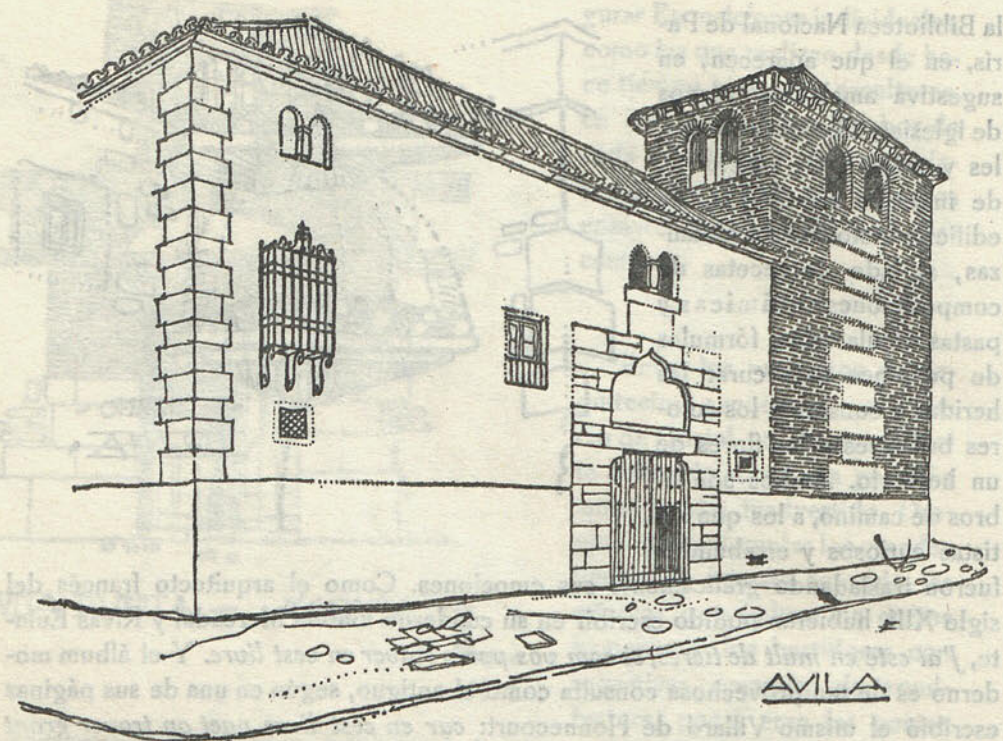
fueron trasladando gráficamente sus emociones. Como el arquitecto francés del siglo XIII, hubieran podido escribir en su cuaderno García Mercadal y Rivas Eulate, *J'ai esté en mult de tierres, si com vos porés trover en cest livre*. Y el álbum moderno es de tan provechosa consulta como el antiguo, según en una de sus páginas escribió el mismo Villard de Honnecourt: *car en cest livre puet on trover grant conseil de le grant force de maçonerie et des engiens de carpenterie*. Nos mostraba aquél un gran caudal de formas arquitectónicas elementales aun no agostadas por la erudición. Al lado de los dibujos de las viviendas de nuestros labradores y menestrales, aparecían copiados esos detalles, insignificantes en apariencia, en los que el pueblo ha ido dejando ingenuamente señales de su sentir artístico: una cerra-

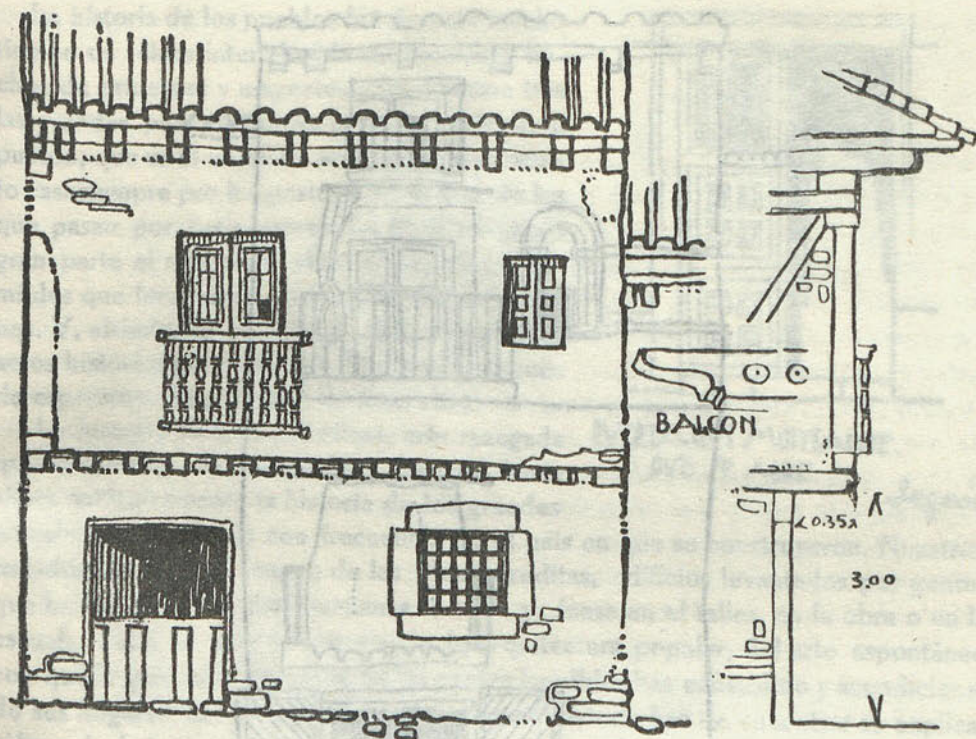
dura, un modesto alero, el banco de una cocina, una sobrepuerta de ladrillo, la campana de una ermita.

Echábanse de menos en este álbum moderno las acotaciones pintorescas puestas en el suyo por Villard de Honnecourt con la espontaneidad del artista viajero; seguramente García Mercadal y Rivas Eulate, al presentar su trabajo a la Exposición, borraron de él todo lo que gentes de sentir académico hubieran juzgado excesivamente pintoresco. Pero, sin duda, los dibujos tuvieron sus glosas: *En esta fonda dan un buen vino*, diría debajo del croquis de un hostel castellano; *a esta ventana se asomó una bella muchacha morena*, explicaría el dibujo de un hueco con guarnición de ladrillo...



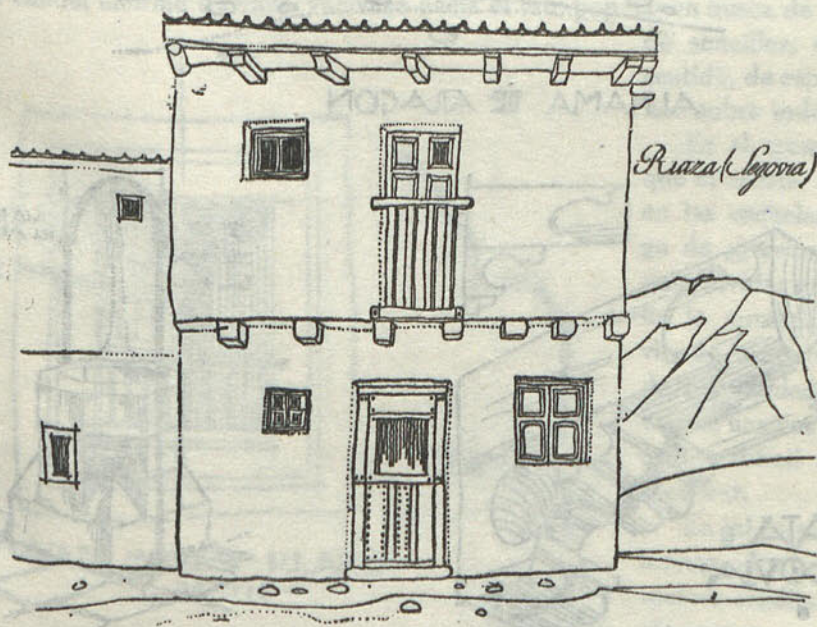
* * *

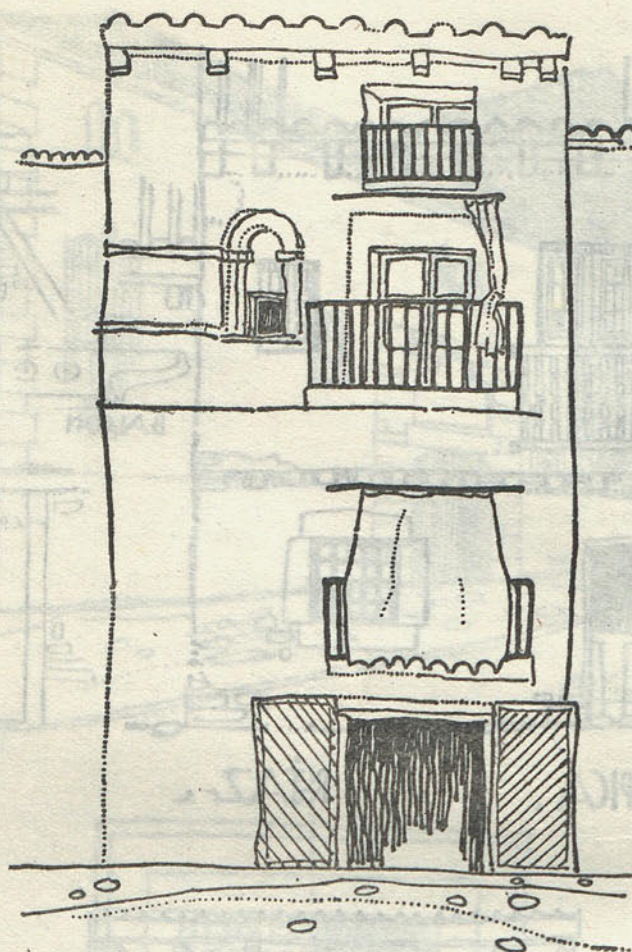




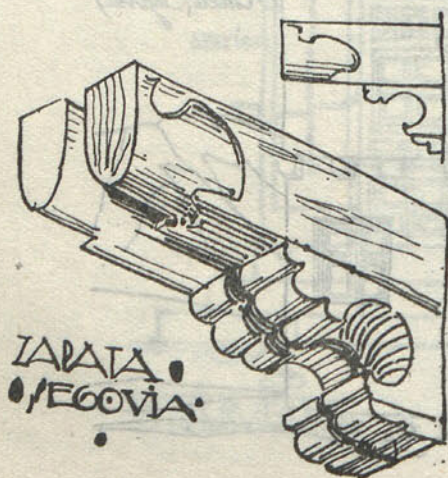
CASA TIPICA.

RIAZ.

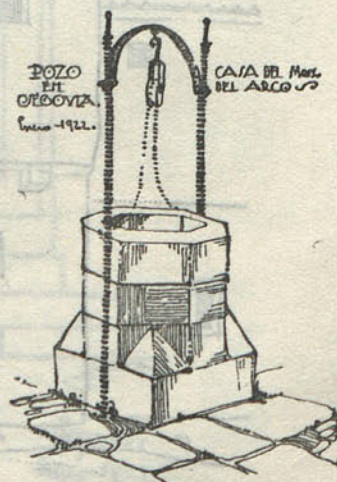




ALHAMA DE ARAGON



IGLESIA
DE EGÜVIA



POZO
EN
EGÜVIA
C. 1922.

CASA DEL MAR
DEL ARCO

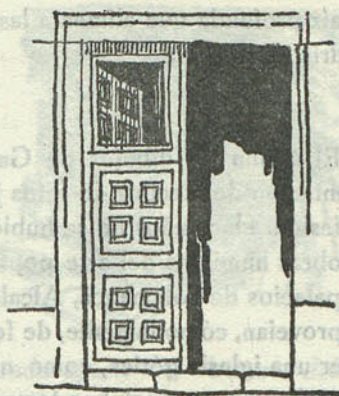
La historia de los pueblos fué durante mucho tiempo un relato interminable de batallas y hechos de príncipes y magnates. Hoy búscase tras las grandes personalidades al coro, es decir, al pueblo, que es el supremo actor histórico, oculto casi siempre por los gestos histriónicos de los que pasan por sus pastores. La Historia es en gran parte el relato del vivir de las gentes humildes que forman la masa amorfa de las naciones. Y, aislados de este fondo gris, los grandes actos históricos nos parecen hoy gestos vacuos de espectros, desprovistos de linfa vital.

La historia de la arquitectura, más rezagada que la general de los pueblos, ha sido hasta ahora exclusivamente la historia de los grandes monumentos, exóticos con frecuencia en el país en que se construyeron. Nuestros tratados tan sólo se ocupan de las obras eruditas, edificios levantados por gentes que habían recibido una enseñanza técnica, ya fuese en el taller, en la obra o en la escuela. Falta escribir la historia de la arquitectura popular, del arte espontáneo con que la gran muchedumbre de las gentes humildes han construido y acondicionado sus hogares. Muchos problemas de la gran historia han de encontrar su explicación en la de la arquitectura popular. Y se verá la influencia ejercida por la una sobre la otra, cómo el pueblo coge espontáneamente los elementos más vitales y afines a su naturaleza de la erudita y los adopta a su sentir, y cómo esta última llega un momento — como el actual — en el que, ahita de erudición y de formas complejas, con un caudal enorme de ellas, vuélvese hacia el arte popular en busca de un poco

de sencillez, de buen sentido, de espontaneidad sobre todo.

Es el momento en que el artista, formado en las escuelas, reniega de su saber y quisiera olvidar gran parte de lo aprendido, volviendo a aquel estado de ingenuidad primitiva que una vez perdido es tan difícil volver a recuperar.

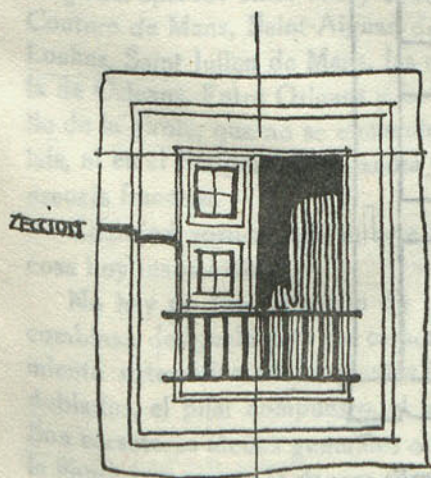
En tal forma, arquitectura popular y arquitectura erudita se complementan; aquélla es



VERTICION MONTANTE.

QUE SE ABRE

Segovia



CAJA DEL MARQUEZ DEL ARCO
PATIO ~



CORTA

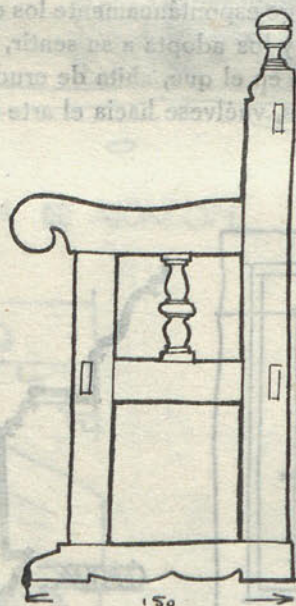
Segovia
Enero 1922.

la raíz profunda que alimenta las frondosas ramas de ésta, el origen sin el cual no tendría existencia.

El álbum de dibujos de García Mercadal y Rivas Eulate, señala la acertada orientación de muchos de estos jóvenes arquitectos que comienzan a trabajar en la profesión. Hace años no se hubiera encontrado quien recorriese España copiando las obras humildes del arte popular. Nuestros arquitectos conocían poco más que los palacios de Salamanca, Alcalá y Sevilla. No viajaban; algunos libros extranjeros les proveían, cómodamente, de formas nuevas en que inspirarse. Cuando tenían que hacer una iglesia gótica, como no conocían las españolas y no existían libros que las analizasen, proyectaban templos góticos franceses, inspirados en publicaciones de ese país. Hoy día los arquitectos jóvenes, ávidos de ver y conocer, recorren Europa, contrastan nuestra arquitectura con la de los otros países, adquiriendo un concepto más amplio y certero de aquélla. Y algunos, como los autores de este álbum de dibujos, tras sus viajes a las grandes ciudades europeas, no olvidan los caminos ásperos y las fonditas humildes de nuestros pueblos, tan llenos de espirituales sugerencias de todos órdenes para el que sabe andarlos con amor.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS.

Dibujos del álbum de García Mercadal y Rivas Eulate.



Sillón de lujo

Libros, Revistas y Periódicos

LIBROS ESPAÑOLES

OÙ S'EST CONSTITUÉE L'ARCHITECTURE ROMA-
NE. — Jean-Auguste Brutails. (*Anuari de
l'Institut d'Estudis Catalans*, vol. VI.) —
Barcelona, 1919.



De tema tan sugestivo como lo es la cuna de la arquitectura románica trata este folleto, tirada aparte del *Anuario del Instituto de Estudios Catalanes*, escrito por un arqueólogo inteligente y concienzudo como lo es el Sr. Brutails.

Conocemos regularmente las escuelas románicas francesas; en cambio, permanece oscuro su origen y el lugar de su nacimiento. Pasa Auvernia generalmente por serlo: es probable que fuera la primera o una de las primeras provincias que abovedaron sus iglesias; pero es mucho más posible — dice Brutails — que el mérito de ello sea de Provenza y Cataluña. La bóveda de cañón sobre arcos fajones es procedimiento originario, muy posiblemente, del litoral mediterráneo, Provenza y Languedoc. El Rosellón y Cataluña lo conocieron desde los comienzos del siglo XI, siendo sistemático en Provenza, al contrario de Cataluña. En Provenza y en Borgoña, cree el citado arqueólogo, se originaron los arcos doblados, y aquélla fué una de las primeras regiones en donde apareció el pilar compuesto. Las girolas con capillas radiales tal vez sean aportación auverniense. Los primeros ensayos de escultura románica conocida inspiráronse en objetos mobiliarios, marfiles o arquetas. La más antigua escultura románica de fecha conocida se encuentra en el Rosellón. La girola aparece entre 990 y 1050, aproximadamente, en San Martín de Tours, La Couture de Mans, Saint-Aignan de Orleans, La Trinité de Vendôme, Beaulieu-les Loches, Saint Julien de Mans, las catedrales de Nantes, Chartres, Angers, y tal vez la de Orleans. Entre Orleans y Le Mans alcanzó, pues, singular fortuna el desarrollo de la girola, que no se encuentra en Provenza, ni en Saintonge, ni en el Bordelais, ni en el Perigord, Normandía y las regiones renanas, y es poco frecuente en la escuela francesa.

Courajod sostuvo que el arte románico había nacido de un fondo carolingio, cosa hoy insostenible.

No hay un tipo absoluto de iglesia románica; existen varios en los cuales se combinan desigualmente los caracteres constitutivos del estilo, o sean el abovedamiento sistemático de las plantas basilicales, el empleo de arcos fajones, los arcos doblados, el pilar compuesto, el uso de los contrafuertes y el mediano aparejo... Son caracteres menos generales el empleo de las girolas con capillas radiales y de la figura humana en la decoración.

Resumiendo, es muy difícil determinar de dónde provienen el contrafuerte y el mediano aparejo; girola y capillas radiales se construyeron posiblemente por vez primera en Auvernia y se desarrollaron en el valle medio del Loire; las más antiguas

iglesias abovedadas de planta no radial se encuentran en el litoral mediterráneo. Aparte de esto, hay formas y soluciones que aparecen al mismo tiempo en varias escuelas y en sitios muy alejados.

El estudio del Sr. Brutails, tan interesante y sugestivo como todos los suyos, está escrito teniendo en cuenta la publicación para la que se destinaba. Por ello resultan tal vez un tanto forzadas varias conclusiones. Es de lamentar también que el citado arqueólogo desconozca nuestras iglesias mozárabes, y que a estas alturas diga de los edificios asturianos del siglo IX que no queda apenas nada de ellos, siendo los existentes producciones de la escuela románica con escultura muy arcaica. — T.

LIBROS EXTRANJEROS

ADQUADRATUM. — A Study of the Geometrical Bases of Classic and Medioeval Religious Architecture, with Special Reference to Their Application in the Restoration of the cathedral of Nidaros (Thronhjelm), Norway. By *Frederik Macody Lund*. Profusely Illustrated by Plans, Sections, Views, and Details of Notable Temples, churches, Cathedrals, and Other Buildings in Greece, Italy, Germany, Denmark, France, England, and Norway. Printed by Order of the Norwegian Parliament and Published by B. T. Batsford, London. Charles Scribner's Son, New York.

COURS DE BÉTON ARMÉ. — *Augustin Mesnager*. — Paris, Dunod, 1921. In 4, XIV-536 p. et pl., 75 fr.

LE PARATONNERRE DE BATIMENT, SON IMPORTANCE, SON FONCTIONNEMENT ET SA CONSTRUCTION. — *W. Koestler*. — Berne, Wyss, 1919. In 8, XII-134 p. et 230 fig., 5 fr.

LEONARDO DA VINCI PITTORE, SCULTORE, ARCHITETTO. — *G. Carotti*. — Torino, Celanza, 1921. In 8, 136 p. et 47 pl., 5 fr.

QUELLENSTUDIEN ZUR HOLLANDISCHEN KUNSTGESCHICHTE. — Künstler. Inventare. Urkunden zur Geschichte der holländischen Kunst. VII. — *A. Bredius* und *O. Hirschmann*. — Haag, Nijhoff, 1921. In 8, XII-301 p. et fig., 24 fr.

DIZIONARIO DI ARCHITETTURA. — *G. Ravazzini*. — Milano, Hoepli, 1921. In 24, VIII-230 p. et fig., 10 fr.

VILLES MORTES DU MOYEN-AGE. — Ouvrage illustré de Dessins et Photographies de l'auteur, *Camille Enlart*. — Paris, 1920. 25 fr.

Describense en este libro varias ciudades que alcanzaron en otros tiempos gran importancia y que hoy están deshabitadas, por destrucciones guerreras unas, otras

por la insalubridad de su emplazamiento, o, sencillamente, por haber variado las condiciones sociales que contribuyeron a formarlas. Las «ciudades muertas» medievales que figuran en este libro son de Flandes, del mediodía de Francia, de Córcega, de la campiña romana, de las orillas del Báltico y de Chipre. A cada una dedica Enlart varias páginas en las que hace su historia y describe los restos que de ellas perduran.— T.

PORTES MODERNES: ARCHITECTURE, FERRONNERIE, SCULPTURE, por E. Rumler.— Fo., Paris.

A GUIDE TO ENGLISH GOTHIC ARCHITECTURE.— By S. Gardner.— 40. Cambridge, 1922, 16 s.

CALIFORNIAN TRAILS. AN INTIMATE GUIDE TO THE OLD MISSIONS.— By Trowbridge Hall.— New York. The Macmillan Company, 1920.

Un libro que nos hable de la gloriosa epopeya escrita por el P. Junipero Serra y sus compañeros, y continuadores con el sudor de su frente y el celo apostólico que movió sus pasos, es recibido siempre con simpatía. El que tenemos a la vista es cautivante. No es un libro de ciencia e investigación históricas, que acerca de este punto ya está llevada a cabo, sino un libro en que en forma amena se cuentan hazañas gloriosas para que las generaciones presentes no las echen en olvido con injusticia.

El autor recorre las misiones fundadas por los franciscanos en California. Nos describe el estado actual de los antiguos caminos, casas de misión e iglesias, y enlaza estas descripciones con la historia de su fundación y con el recuerdo de aquellos apóstoles que desbrozaron aquellos caminos y llevaron la luz de la fe a aquellos pueblos. El autor conoce perfectamente los caminos, los pueblos y sus costumbres y su historia, los paisajes, el *folk-lore*, etc., y entrelazando los recuerdos del pasado con las realidades del presente, ha sabido redactar páginas llenas de simpatía.

La presentación es lujosa y sembrada de magníficas ilustraciones fotográficas.— ESTUDIOS FRANCISCANOS.

STADT UND LANDHÄUSER IN OSTPREUSSEN.— Mit Unterstützung der Königl. Preuss. Staats-Regierung und des Provinzialverbandes Ostpreussen gesammelt, bearbeitet und heransgegeben von Professor Dr. Richard Dethlessen.— Mit, 44 Textabbildungen und 67 Tafeln. 1918. R. Piper & Co., Verlag. München.

HET HOUTSNIJWERK IN WEDERLAND TIJDENS DE GOTHIEK EN DE RENAISSANCE.— D. Bierens de Haan.— Gravenhage, Wijkhoff, 1921. In 8, VIII-183 p. et 155 pl., 63 fr. 50.

L'ART POPULAIRE EN ALSACE.— Adolphe Riff.— Strasbourg, Kahn, 1921. In 4, 16 p. avec fig. et 24 pl.

ARQUITECTURA

ALBERTVILLE. — Étude de géographie urbaine. — Abbé F. Gex. — Chambéry. Dardel, 1921. In 8, 182 p. et fig.

L'HOTEL DE VILLE DE LYON. — M. Audin. — Lyon, imp. Rey, 1921. In 8, 63 p. et fig.

ANNUARIO DELLA SCUOLA ARCHEOLOGICA DI ATHENE E DELLA MISSIONI ITALIANA IN ORIENTE. — III. Bergamo, Istituto d'Arti Grafiche, 1921. In 4, 298 p. et pl.

SANCTUAIRES DE BYZANCE. — Recherches sur les anciens trésors des églises de Constantinople. — Jean Ebersolt. — Paris, Leroux, 1921. In 8, 163 p. et 24 fig., 30 fr.

ARLES ANTIQUE. — L. A. Constans. — Paris, De Boccard, 1921. In 8, XVI-426 p. et 16 pl., 25 fr.

L'ÉGLISE ET L'ABBAYE DE SAINT-PIERRE DE CHARTRES. — Notice historique et guide. — Abbé Victor Pasquier. — Chartres, imp. Durand, 1921. In 16, 45 p. et 6 fotogr.

LES SCULPTURES DE LA CATHÉDRALE SAINT-PIERRE DE POITIERS. — Éliisa Maillard. Poitiers, Société des Antiquaires de l'Ouest, 1921. In 4, II-181 p. avec 48 pl. et 20 fig., 25 fr.

GESCHICHTE DER CHRISTLICHEN KIRCHE IM FRÜHMITTELALTER. — Hans von Schubert. — Tübingen, Mohr, 1921. In 8, XXIV-808 p., 90 fr.

DIE KRETISCH-MIKENISCHE KULTUR. — D. Fimmen. — Leipzig, Teubner, 1921. In 8, VI-226 p. et cartes, 72 fr.

MÉMOIRES DE LA SOCIÉTÉ D'HISTOIRE ET D'ARCHÉOLOGIE DE BRETAGNE. — II (1921). Nantes, Durand, 1921. In 8, 342 p.

NOTES HISTORIQUES SUR L'ABBAYE DE SAINT-ANDRÉ-LE-BAS DE VIENNE (ISÈRE). — Louis Galliffet. — Lyon, imp. Perraud, 1921. In 8, 46 p. et fig.

INDISCHE BAUKUNST. — I-II (Tempel, Holzbau und Kunstgewerbe; Moscheen und Grabmäler). — Eman. La Roche. — München, Bruckmann, 1921. In folio, XX-65 et 5 p. avec 49 pl., 5.000 fr.